

LA AURORA

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA.

BAJO LA DIRECCION DE JOSE ANTONIO TAVOLARA.

PROSPECTO.

El título de esta Revista simboliza nuestros deseos en cuanto al porvenir de nuestra literatura naciente.

Nuestras pretensiones son muy limitadas: queremos reunir en un solo haz todas ó la mayor parte de las producciones de los hijos de ambas orillas del Plata, que, desde sus juveniles años, se han dedicado á las bellas letras.

Para realizar nuestro pensamiento, contamos con el concurso de muchas de las inteligencias del país, pero faltanos la parte esencial: LA PROTECCION DEL PUBLICO, es decir, el óbolo del escritor.

¿Será posible que no la alcancemos, tanto mas cuando presenciamos absolutamente de las cuestiones políticas que tienen dividida á la familia Oriental?

Cayo ó Simpronio—quien seas,—si aceptas, tu nombre al lado de este prospecto satisfará nuestras esperanzas.

Desde ya participamos á quien nos favorezca que esta publicación constará de una entrega mensual de treinta y dos páginas grande en 8.º, y mas una carátula,—que el precio de suscripción es **un patacon** por entrega, pagadero por trimestres adelantados, despues del segundo número,—que el primer número saldrá el 1.º del entrante mes de Octubre.

Para los departamentos, la suscripción será de **uno y cuarto patacon**, tambien por trimestres.

Y para la Confederacion Argentina, **uno y medio patacon**.

La Administracion es en la calle de «Washington», núm. 30, en los altos.

MONTEVIDEO, Setiembre 3 de 1862.

JOSE A. TAVOLARA.

PROGRAMA.

¡Todavía otro periódico!

Si.

Pero este tiene la aspiracion de no parecerse—ni en lo mas mínimo—á las hojas que dia á dia se publican en esta capital.

Sencilla es la razon:

La AURORA viene para distraer, instruir, enseñar y servir de estímulo.

No se satisfará con tener una fisonomía original, hará

cuanto esté en sus posibles para interesar y producirse con espíritu.

Actualmente Montevideo posee doce diarios de todo formato, pero ninguno especialmente literario y científico.

Salvo lo que afecta los incidentes políticos de nuestros partidos, todos esos órganos de la prensa uruguayana prestan poca ó ninguna atencion á los diversos fenómenos de la vida social, al teatro, á las costumbres, á la instruccion pública, á las letras en general y en particular, á las modas, la industria, &c &c.

Nosotros hemos pensado en formar una base donde sentar ese maravilloso conjunto en todas sus fases, en todos sus aspectos.

La AURORA—¡Dios quiera lo sea del porvenir de nuestra literatura nacional!—se ocupará pues de todo lo que sea de naturaleza á interesar nuestro país.

Sobre todo, darémos la preferencia á todo lo que toque á la historia patria.

Digase lo que se quiera, pero nuestra historia tiene páginas grandiosas, hechos memorables, hazañas que pueden rivalizar con las primeras del viejo mundo.

No nos ciega el espíritu local:

No hay sitio de nuestra República, por miserable que él parezca, que no hable á nuestro corazon en rasgos indelebles.

No hay rincon que no nos recuerde alguna fecha de impeccedera memoria ó el nombre de algun esclarecido varon.

Discúlpenos, pues, si nos hemos detenido sobre este particular mas de lo que debiéramos.

Tambien darémos un lugar preferente á la ciencia, á la filosofia y á la economia.

El arte en todas sus manifestaciones, la critica literaria, la novela, la crónica local, todo será de nuestro dominio.

Ademas, la AURORA registrará en sus columnas algunas producciones del ingenio extranjero que versen sobre los tópicos que nos hemos propuesto al fundar esta Revista.

Abriremos nuestras columnas á la chispa, la sátira, el epigrama, pero rechazando con una absoluta severidad todo cuanto pudiera ser tachado de licencia ó promover escándalo.

La AURORA entiende ser admitida en el seno de las familias y ser leída en voz alta en el hogar doméstico.

La AURORA evitará con el mayor cuidado todo lo que pueda herir alguna personalidad, por modesta que ella sea.

En lo posible, tratará de no apartarse de lo justo, de lo bello y de lo útil.

Colaboracion.

Hemos adquirido el concurso de muchos escritores, ya conocidos en nuestra literatura nacional.

Tambien tenemos la promesa de algunos literatos extranjeros.

Tuvimos el pensamiento de someter á algunos nuestra idea, nuestro plan, nuestras esperanzas; todos nos han animado á llevar adelante esta empresa tan *atrevida* cuan difícil.

Sin desmayar, pues, empezamos hoy nuestras tareas, no cabiéndonos duda ninguna sobre la cooperacion que hemos de encontrar en todas partes.

Desde luego hemos dirigido un llamado á todos los obreros de la inteligencia.

Les hablámos en estos términos:

«Montevideo, Agosto 15 de 1862.

«Señor D.....

«Muy Señor mio:

«En medio de tanto diario político que se publica en esta capital, me ha parecido que no vendria mal un órgano puramente literario, y por lo tanto me decido á fundar una Revista mensual.

«Pero, para realizar mi pensamiento, me he permitido contar con todos los que, en ambas orillas del Plata, se consagran á las bellas letras, y siendo vd. uno de ellos, vengo con las presentes líneas á solicitar su colaboracion al periódico que intento establecer.

«No me cabe la menor duda que vd., amante de nuestra literatura, ha de mirar bien mi propósito, y por eso espero que su contestacion me será favorable.

«Si no me he engañado, desearia que vd. tuviese la bondad de contestarme por escrito.

«Hago á vd. esta advertencia, porque en el primer número de la «Aurora»—asi se titulará la tal Revista, y constará de treinta y dos páginas de gran formato—registraré todas las adhesiones que reciba de todos aquellos literatos á quienes me dirijo.

«Tambien se servirá vd., si su contestacion no es una negativa, indicarme con qué trabajo empezará su colaboracion.

«Dispense vd. el atrevimiento de quien, con el debido respeto, se declara—

«Su affmo. y S. S.

«Q. B. S. M.

«J* A* T*»

Hé aquí las adhesiones con que ya contamos:

Distinguido Señor mio:

Hé recibido, y agradezco íntimamente la favorecida de vd. de 15 del corriente, invitándome á aceptar el cargo de colaborador en el periódico literario ó Revista mensual, que se propone fundar con el título «La Aurora».

Yo soy sumamente grato al honor que me hace tan lisonjera invitacion: pero mi fatigosa avanzada edad, y la inerte posturacion fisica é intelectual en que ella me constituye, me privan del noble orgullo de asociarme *obligatoriamente* á vd. y las demas jóvenes ilustraciones, que le acompañan en esa empresa tan laudable é ilustradora.

El carro del progreso tendria que trepidar en su marcha

rápida y brillante, si á uno de los que le han de impulsar faltase, como á mí, la energia y constancia, que deben reinar á compás y proporcionalmente en todos.

Sin embargo, ya que no acepte el favor de figurar entre los colaboradores, ni las obligaciones que aquel título impone, no me privaré—si vd. me lo permite—del gusto y satisfaccion de enviar, cuando pueda, á la naciente «Aurora», algunos de los últimos vacilantes destellos de una luz que ya se apaga.

Con este motivo, tengo el honor de firmarme de vd.

atento servidor

Q. B. S. M.

FRANCISCO A. DE FIGUEROA.

Casa de vd., Agosto 16.

Estimado amigo:

Recibí su cartita, y puede contar con que haré en su obsequio lo que me sea posible.

Tan pronto como tenga algunos momentos desocupados—probablemente mañana, que es domingo—le escribiré algunas líneas sobre la publicacion, entrando en algunas ligeras consideraciones que la lectura del prospecto me ha inspirado.

Suyo de corazon

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

Hoy, 16 de Agosto.

P. D.—Sin perjuicio de la colaboracion, apúnteme entre los suscritores.

Vale.

Buenos Aires, Agosto 16 de 1862

Estimado amigo:

A las 6 de la tarde recibí su apreciable del 15.

Mañana repartiré las que venian dentro.

Únicamente por darle una prueba de amistad haré un esfuerzo de inteligencia para producir algo que justifique la opinion de *Misifus*—vd. me entiende,—cuando me considera *un poeta bastante bien constituido*; asi es que puede vd. contarme en el número de los colaboradores de la «Aurora».

Pero como mi salud está cada dia mas quebrantada, y estoy recargado de trabajo, no me es posible indicar, como pide en su circular, el trabajo con que empezaré mi colaboracion.

Si vd. estuviese muy apurado por originales, podria vd. tomar entre los papeles que dejé en la redaccion del «Pueblo», una novela titulada *Una muger como hay muchas*.

Dejo eso á su eleccion.

Entretanto, deseo que su empresa sea coronada del mejor éxito, pues bien lo merece su consagracion al trabajo, y su constancia.

Disponga como siempre de la buena disposicion de su amigo

MATEO MAGARIÑOS CERVANTES.

Muy Señor mio:

Agradezco la distincion con que vd. me favorece invitándome para tomar parte en la colaboracion del periódico literario «La Aurora», que se propone vd. dar á luz.

Correspondiendo á esta distincion acepto con mucho gusto que mi nombre figure entre los colaboradores de aquella obra, aunque mi concurso haya de ser muy débil, y no pueda designar

er el momento la época ni el trabajo que pondré á la disposi-
on de vd., de quien soy atento y seguro servidor

Q. B. S. M.

ADOLFO RODRIGUEZ.

Casa de vd., Agosto 16.

Buenos Aires, Agosto 16 de 1862.

Amigo mio:

Recibi su estimada esquelita de ayer, y con ella, algunas
cartas que fueron entregadas inmediatamente.

Deveras, mi amigo, que me ha sorprendido vd. con su
preciada que contesto, cuando me hace el honor de crearme
capaz siquiera de ocuparme de literatura.

Insuficiente en el mas alto grado como me reconozco —no
modestia,—no corresponderia á la distincion de vd., si no
ofreciese al ménos hacer algo en obsequio suyo.

Ardua es la empresa á la verdad; pero si lo que no pueda
cumplir la instruccion y capacidad, lo hace el buen deseo y la vo-
luntad de hacerse digno de una inmerecida distincion, cuento vd.
con que me honraré en colaborar á su periódico con todo aque-
lo que mis fuerzas y escasos conocimientos me permitan.

Nada tengo hecho, ni lo he pensado todavia.

Omito, pues, decirselo, reservándome enviarle algo que no
sea del todo *fiambre*.

¿Tendria vd. la bondad de decirme cuál es el dia señalado
para la primera aparicion de la «Aurora»?

Si es necesario que el nombre de un colaborador aparezca
en su publicacion, yo estimaria no lo fuese el mio, y en caso de
ser esto indispensable, que sea solamente con mis iniciales.

Sin otro motivo, tengo el gusto de ofrecerme de vd.

seguro servidor

Q. B. S. M.

B.** M.**

Caballero:

Hé tenido el gusto de recibir la invitacion de vd., solicitando
mi colaboracion para el periódico «Aurora» que vd. piensa
fundar.

Jamas me hé negado á objeto tan noble como el que vd.
se propone, y por tanto ofrezco á vd. mi cooperacion en cuanto
me sea posible.

El primer trabajo que enviaré á vd. será unos versos titu-
lados *Cantos de Adolfo á Elvira*.

Son una série de cantos escritos en épocas distintas, pero
que al fin forman un Episodio.

Deseo á vd. felicidades en su empresa, y cuente vd. con el
aprecio de

MARCELINA ALMEIDA.

Casa de vd., Agosto 18.

Muy Señor mio:

He recibido su apreciable del 15 del corriente, por la que
me invita para la colaboracion de un periódico, titulado «La
Aurora», que vd. intenta establecer.

Aun cuando reconozco que poco vale el contingente que yo
puedo prestar á vd. para la realizacion de esa idea con que sim-
patizo sinceramente, no dado un momento en acceder á su pedido.

Desde el momento me tiene vd. á su disposicion, y solo

espero me indique vd. poco mas ó menos, el dia que debe apa-
recer el periódico, para prepararle alguna cosa.

Su seguro servidor

RAMON DE SANTIAGO.

Casa de vd., Agosto 18.

Muy Señor mio:

El propósito de vd. al tratar de fundar en esta capital un
periódico literario mensual merecerá sin duda la mayor acepta-
cion entre los amantes de las letras, del progreso y de las luces,
pero es tarea árdua y difícil, y pertenecía á un jóven lleno de
fé y ardor tentarla otra vez como lo hace vd.

Llevado sin duda por la amistad que lo liga á vd. conmigo,
tantos años há, me solicita vd. de contribuir á ese trabajo como
colaborador.

Las muchas atenciones que me rodean no me permiten
comprometerme para un trabajo semejante, y mis aptitudes
tampoco corresponderian al deseo de vd.

Sin embargo, queriendo manifestar á vd. el interés que
tomo á toda clase de publicaciones que tenga por norma la di-
fusion de las luces, el progreso, la instruccion del pueblo, con-
tribuiré siempre con algo á la obra iniciada por vd, y desde ya
le anuncio algunas *Notas históricas, filosóficas y críticas* escritas
por mí, y que voy á tratar de poner en orden.

Muy débil ha de ser mi pobre cooperacion, pero considero
como un deber para mí en contribuir á los trabajos que se ini-
cian en esta tierra y que son á mi alcance, porque al edificio
social que se levanta todos debemos traer nuestra piedra, ó á su
defecto, algunos granos de arena para cimentarlo.

Soy de vd. affino, servidor y amigo

ADOLFO VAILLANT.

Casa de vd., Agosto 18.

Muy Señor mio:

Hé recibido su circular haciéndome el favor de pedir mi
colaboracion para el periódico «La Aurora» que piensa vd.
fundar.

Puede vd. contar desde luego con mi buena voluntad.

Ayudaré en cuanto me permita mi mal estado de salud, y
demas ocupaciones.

Entretanto, puede vd. anunciar *Los Amores de Montevideo*,
novela que estoy concluyendo, é ir publicándola cuando guste.

Se repite de vd. amigo affino.

ANTONIO DIAZ (hijo).

Casa de vd., Agosto 19.

Estimado amigo:

Su pensamiento de fundar un periódico puramente literario,
es un pensamiento feliz.

En una situacion en que la política solo tiene representantes
en la prensa, é impone su ruda ley al espíritu, el pensamiento de
vd. es la interpretacion de un deseo vivísimo que todos abrigá-
bamos sin comprenderlo.

La importancia característica de ese pensamiento, es de una
trascendencia infinita.

Su pensamiento realizado será *la aurora* anhelada de una
época nueva, en que la literatura, adormecida en la actualidad,
recobrará su perdido vigor, y razgará atrevidamente el velo que
cubre los ignorados horizontes de la inspiracion.

Aunque débiles mis fuerzas, honrado con su invitacion á contribuir á la colaboracion de «La Aurora», me hago un deber en aceptar, y ofrezco á vd. el desarrollo de un pensamiento que en mi opinion no carece de importancia:

El establecimiento de un *Ateneo literario* entre nosotros.

Descándole un éxito completo en su noble empresa, tengo el gusto de repetirme su affmo. amigo y S. S.

AGUSTIN DE VEDIA.

Casa de vd., Agosto 20.

Mi querido amigo:

Hé recibido su carta invitacion para colaborar con mi pobre contingente á la obra que va á emprender de fundar una Revista literaria.

Muy insignificante es la cooperacion que puedo prestarle, pero considero que ninguno de los que rinden culto á las letras, puede negarse á fomentar con los medios que le preste la inteligencia que Dios le ha dado un pensamiento que puede ser fructífero, desde que se trata de levantar sobre los cimientos, que otros han puesto, el monumento de la Literatura Nacional, tantas veces concebido y tantas otras abortado por efecto de la indiferencia con que son miradas por la generalidad del público las producciones de la tierra.

Mucha abnegacion, mucho tezon se necesita para perseverar en la idea que vd. se ha propuesto.

Reconozco en vd. las dotes principales para llevar á feliz término una empresa que, como esta, requiere contraccion, asiduidad y laborioso empeño.

Fio pues en que los resultados han de corresponder á lo grandioso del pensamiento, y la literatura mucho le deberá si se consigue, merced á sus esfuerzos, hacer desaparecer el espíritu rancio de los que, habituados á buscar el solaz en las producciones estrañas, miran con culpable desidia, cuando no con poco aprecio, las de los hijos del país, entre los cuales mas de uno se haria notable en esa carrera, si la suerte le deparase el vivir en otra atmósfera, ajena á la que nos asfixia con el humo de nuestras rensillas de partido.

Vd. me conoce, sabe el amor que consagro á todo lo que se relaciona con el alimento del espíritu, excuso pues extenderme para que comprenda el vivo placer con que he acogido su pensamiento, sintiendo que mi inteligencia no esté al nivel de mi voluntad decidida por procurar que sea una realidad la carrera literaria entre nosotros, donde al resplandor de la hoguera de la política se secan en gérmen, las flores mas lozanas.

Deseándole felicidad, me repito su muy affmo. amigo

LUIS MAGARIÑOS CERVANTES.

Casa de vd., Agosto 22.

Apreciado amigo y colega:

Agradecido acepto su invitacion respecto al periódico «La Aurora» que vd. intenta establecer, llenando así el vacío que se nota en nuestra naciente literatura.

En pró de su útil empresa haré cuanto me permitan mi pobre inteligencia y el tiempo de que pueda disponer, sin pretension alguna y sí con la buena voluntad del amigo, y con el interés del humilde obrero que desea aprender.

Colaboraré á su Revista con una série de artículos sobre las *Poesías populares* de nuestra tierra.

Afectuosamente lo saluda su amigo y colega

DERMIDIO DE-MARIA.

Casa de vd., Agosto 26.

Muy Señor mio:

Agradezco debidamente la distincion que vd. me hace, al invitarme para colaborar en el periódico literario que vd. intenta establecer, segun me lo anuncia en su billete de 15 del presente á que contesto.

Totalmente ageno por mis actuales ocupaciones á toda clase de trabajo literario, no me es posible concurrir á aquel objeto con producciones expresamente destinadas ó compuestas para él.

No obstante, como aplaudo entusiastamente la idea que vd. intenta llevar á la práctica, tendré el placer de remitir á vd., llenando sus deseos, algunos versos escritos en mi primera juventud.

No los sacaré del rincón donde hace muchos años se conservan, si no creyese que es un deber de todo hombre de buena voluntad cooperar, como esté á sus alcances, al fomento de publicaciones como la que vd. proyecta, y que sirven de campo neutral en donde pueden fraternizar noblemente las inteligencias que en la prensa política se hostilizan y estravian, al mismo tiempo que contribuyen á estimular con fecunda emulacion los ingenios noveles.

Feliz vd. si consigue llevar á cabo su empresa, salvándola con prudencia y perseverancia de esa muerte por inanicion á que están condenados entre nosotros tan meritorios ensayos.

Aprovecho la ocasion para ofrecer á vd. las seguridades del aprecio de su muy

atento y S. S.

JUSTO MAESO.

Casa de vd., Agosto 27.

Buenos Aires, Agosto 28 de 1862.

Muy Señor mio:

Recibí la carta de invitacion para colaborar en «La Aurora».

Aplaudo la idea de fundar un órgano de la literatura del Plata, y deseo que se realice.

Si tal sucede, tendré mucho gusto en ser colaborador de él, sino para darle importancia, para probar al mundo que amo el progreso de nuestra literatura.

Cuente vd. con un artículo mio en verso ó en prosa para cada número, y además, con mi cuota de suscriptor.

Lo primero que le enviaré cuando vd. me lo ordene, será una poesia moral, titulada *La hija sin madre*.

Le desea buen éxito en la empresa y le saluda su seguro amigo

LAURINDO LAPUENTE.

(Continuará.)

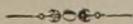
Al público.

En el número de nuestros colaboradores, hay uno cuyo nombre hemos omitido, pero de cuyo concurso deseamos vivamente poder estar seguros.

Ese cooperador es el lector, ó mas bien dicho el suscriptor.

Esperamos que no olvidará que la «Aurora» es una tribuna

araria y pacífica, creada para él, abierta á sus reclamaciones,
sus observaciones, á sus manifestaciones, á sus humoradas.
Todas las veces que juzgue á propósito pedir la palabra,
gusto se la cederémos—en los límites de nuestro programa.
¿Se nos entenderá?



FRAGMENTOS DE UN POEMA.

(ESCRITO EN SAN ISIDRO EN 1848.)

CANTO I.

Erase un jóven vano y casquivano,
Enfermedad endémica en el día,
Y, apéndice de todo ser humano,
El amor propio le servía de guía;
Nunca mezquino en estender la mano,
Ni en tragarse cien tomos de poesía,
Pasaba por poetastro displicente,
Con lo bueno y lo malo de esa gente.

El pobre jóven de quien hablo ahora,
Que temprano se vió muy desdichado,
Acudió, por consuelo, en mala hora,
A escribir algun verso mal rimado;
Y á pesar de que todo lo enamora,
Maldijo locamente de su hado
Y ya á los diez y seis, cosa muy fea,
Quiso dejarse caer de una azotea.

Es verdad que ese niño ya era hombre
Y que su merta rebullia inquieta
Una cosa para él sin voz ni nombre,
Y que despues creyó cosa de poeta.
Sed de amor, y placeres, y renombre,
Cosas que hoy día ni anhela ni respeta:
Pobre del que á sus años se adelanta,
Que así su porvenir se desencanta!

Él sin saber porque se lamentaba,
Y á fé que nadie le prestaba oído,
Que á su misma familia fastidiaba
Ya su doliente, téttrico gemido,
Su tristeza mortal que nunca acaba,
Su ademan y semblante compunjado;
Y así obligado el jóven se veía,
A acudir al splin ó á la poesía.

Siguiendo su camino solitario
Sin recibir consuelos de ninguno,
Corrió sobre su alma un funerario
Velo que nadie levantó importuno;
Y con empeño tonto, estafalario,
Fué amargando sus días uno á uno,
Causándose á sí mismo desazones,
Que secaron sus lindas ilusiones.

Hay en la sociedad cierta rutina,
Ciertas leyes, que encubren su bajeza,
Que el hombre desgraciado se arruina
Sino doblega ante ellas la cabeza,

Parodia que imitó la horca caudina
Domando de los hombres la fiereza:
Humillacion al jóven repugnante,
Porque siempre fué erguido su talante.

Y es lo extraño del cuento aqieste mio
Que el niño de quien hablo era bien pobre,
Y era el ser altanero un desvario,
Pues que nadie es altivo sin un cobre:
El mérito, el talento, el poderío
Obtienen de migajas lo que sobre
Del festin preparado para el rico,
Que es de todos acaso el mas borrico.

No sé si esta verdad es dulce, amarga,
O una de aquellas que se creen mentira;
Hay ¡por Dios! tantas cosas en la carga
Bajo la cual nuestra paciencia espira,
Y nuestra fé de niños se aletarga,
Que es tonto aquel que por dudar se admira
De una verdad añeja como Adán,
Aunque cueste el creerla algun afán.

Así vá el mundo con su buena gente,
Y á despecho de versos y sermones
Ha de seguir así perpétuamente,
Hasta que el ángel cite á las naciones,
Qual orchete al Juzgado del potente:
Que ha mil años había tiburones
Y aunque oyeron de Antonio el buen sermon
Ese pez será siempre tiburón. [*]

Mi jóven á quien ese pensamiento
La desesperacion casi llevaba,
U otras veces un frio desaliento,
Que, ya sin esperanzas, lo enervaba,
Rebelde el pecho, y con soberbio acento
Su hiel, en pobres versos, derramaba,
Diciendo así con el mirar siniestro,
Y dando rienda á su fogoso estro:

«Corred! decid á aquellas criaturas
Que nacen hoy para morir mañana,
Que la vida es el lago de amarguras
Donde naufraga la existencia humana!
Dadles ¡por Dios! lecciones mas maduras,
Mostradles que el cadáver se agusana,
Y hacedles comprender la verdad fria,
La que revela nuestra torpe via!

«Apenas si los años que me vieron,
Cruzar la vida con incierta huella,
Piedad siquiera de la flor tuvieron
Que por ser mas humilde era mas bella;
Y con su lobreguez oscurecieron
Los puros rayos de mi blanca estrella;
Préstame, noche, tu mas negro manto,
Para llevar do quiera el desencanto!

(*) Véase la vida y milagros de San Antonio de Padua.

«Id á esos corazones de los hombres
Con máscara de buenos y virtuosos;
Interrogad con simulados nombres
Los huecos de su alma cavernosos,
Quitadles su careta y sus renombres,
Y sus caudales de que son celosos;
Y hallareis una oculta podredumbre,
De torpes vicios tórpe muchedumbre!

«Esas instituciones de la vida
Que se respetan porque son de antaño;
Esas leyes de historia escarnecida,
Domado y manso, mísero rebaño;
Siempre á disposicion del que intimida,
Y que llama favor á lo que es daño;
Quitad el cutis á esa faz quimera
Y hacédles contemplar la calavera!

«¡A qué velar con tanta hipocresía
La lepra que se estiende por el mundo,
Si al fin tras de la noche llega el día,
Y muestra el rostro, repugnante, inmundo?
¡A qué esa necia, vil sofistería,
Y ese culto comprado é infecundo,
Que á Dios se rinde con vacia mentira,
Para aplacar su omnipotente vía?

«Doquier tiendan la vista observadora
Doquier haya mas luz ó mas aroma,
Todo lo bello que nuestra alma adora,
Cuando en su Oriente nuestro sol asoma,
Y todo lo que alivia y enamora;
Hacedle ver con su fatal carcoma,
Con su horrible recondita hediondez;
Mostrad el mundo como el mundo es!

«Ese dolo que se halla por doquiera
Desde el mas jóven hasta el mas anciano;
Esa envidia raquítica y rastrera
Que roe el corazon de todo humano;
Esa apariencia bella y hechicera
De los placeres que nos dán la mano;
Que despues de mancharnos con su cieno,
Dejan el corazon de acibar lleno.

«Esa lucha mezquina y continuada
Del alma con el cuerpo y con la vida,
En que aquella al final se vé trozada;
Esa muerte, inminente, indefinida
Donde todo es vacío, todo nada;
Y esa ansia fatigosa y dolorida
Por nuestra hermosa, tímida niñez,
Cuando no se creía en la doblez!

«Esa mirada que hácia atras echamos,
Al vislumbrar el porvenir sombrío,
Vale ¡en verdad! la miel que saboreamos
Cuando el pecho ya duda, y es impío;
Y tantas otras cosas que lloramos,
Nos muestran en un loco desvarío

Que si algo hay en el mundo que sea eterno,
Es el dolor, la muerte, y el infierno!

«Bella dosis á fé, fúlgida herencia
Que todos recibimos en la cuna:
Arrastrar nuestra misera existencia
A impulso ciego de fatal fortuna—
Mostr algunos años de dolencia,
En rutina insufrible é importuna;
Y cuando el cuerpo sin aliento esté,
Vaya el alma á vagar donde no sé!

«¿Qué podemos hacer vilez gusanos,
Sinó arrastrar nuestra materia impura?
¿Sinó besar las paternas manos
Que nos dán el maná de la amargura?
Que haciendo de vil fango á los humanos
Bondadoso les dió la sepultura?
Sinó alabar y bendecir la vida,
Aunque el alma se rasgue dolorida?

«Ah! estoy cansado de vivir! mis años,
Lijeros pasan cual si fueran días
Y los que vienen solo desengaños
Me traen en sus alas, y agonias!
Oh! para que sufrir males tamaños,
Y á que esperar placeres y alegrías,
Si todas son mentiras que se pasan,
Aunque mentiras que nuestras almas abrazan!

«No hay que mostrar que el alma se aniquila,
No hay que gemir á impulsos del dolor;
Y al beber el acibar que destila
De sí la suerte que nos dió el creador,
No hay mas que alzar la copa que vacila,
Y en silencio apurar su sinsabor:
El corazon se seca bien temprano,
La muerte entonces nos dará su mano.

«Paz á los hombres! paz á las mujeres!
Paz á los destrozados corazones
Que dejaron su vida en los placeres!
Paz á las muertas, dulces ilusiones
Que nos mecieron, inexpertos seres,
Con la gloria, el amor, las ambiciones!
Paz á mi alma que vive en el infierno!
Paz al que la creó, Señor Eterno!»

Mi jóven trovador así esclamaba
Pasando del furor á la tristeza,
Y entonces abatido dormitaba,
Ondulando á compás con su cabeza;
No sé cuando dormia en lo que pensaba,
Pero á veces, cual fuente, en la aspereza
De una montaña, que en silencio brota,
Sus lágrimas caian gota á gota.

¿Quién no llora un instante en este mundo
Aunque sea de placer, envidia ó celos?
Y mas se ha de llorar si es un profundo

Dolor el que nos punza con sus duelos.
Todos lloran talvez llanto infecundo,
Que no compensa en cambio sus anhelos:
Que del mundo en la inmensa mercería,
El llanto es muy barata mercancía.

Llora la madre por el tierno infante
Que al llegar á ser hombre ya no la ama;
Llora por su galan la triste amante
Mientras ante otra el pícaro se inflama,
Y todos lloran con letal semblante
Cuando la muerte á su region los llama,
Pero el que llora mas, con mas ventaja,
Es el que á tanto llora, sin rebaja. (*)

Dios á veces nos cierra sus oídos,
O bien no oír, que es larga la distancia;
Y por eso se pierden los gemidos
Que exhala el hombre con estéril ansia:
¡Decid, ¡pardiez! porque los hombres leídos,
Lo que sería una universal ganancia,
No han hecho una bocina ó instrumento
Que lleve á Dios nuestro terráqueo acento!

Algun trombon que con potente ruido
Haga vibrar los ámbitos del Cielo,
Reverberando allí del afijido
Su dolorosa voz, su desconsuelo:
Que á Dios si por acaso está dormido
Despierte con él ¡ay! del mundo en duelo;
Por que si al fin, Señores, él nos cría,
Atienda como debe á su jauría!

Bueno está que la física presente
Cien maravillas á la especie humana,
Cual un par de mellizos tiernamente
Al buen esposo su mujer lozana;
Bueno está que el vapor nos amedrente,
Y que á la luna vayamos mañana.
¡Mas porque no se pone al corazón
Al nivel de la actual ilustración!

¡Que importa á Dios cuando algun pueblo vea
Ante él arrodillado en el gran juicio,
Que culto, sabio ó ilustrado sea,
Si hasta el hueso está roído por el vicio?
Que le importa que tire en la pelea
Bombas á la Paixhans, con desperdicio,
O balines mas chicos que una nuez,
Con pedreros del tiempo de Cortez?

¡Que le importa, decidme, que alumbrados
Sean sus pueblos con lámparas de gas,
Que eléctricos telégrafos alados
Dejen al rayo en rapidez detras,

Si aquesos adelantos tan mentados
Son el modo de influir de Satanás,
Que haciendo progresar á las naciones,
Corrompe tanto mas los corazones?

Allí donde hay mas buenos moralistas,
Mas químicos, botánicos y físicos,
Filósofos y grandes publicistas,
Matemáticos y hondos metafísicos,
Filántropos y sabios maquinistas,
Allí es donde los pueblos son mas tísicos,
Y aunque tengan el rostro bonachon,
Cual yo tienen gastado su pulmon.

¡Peste sea de ellos! gentes instruidos
En, como dijo Socrates, la nada;
De su profunda ciencia, siempre henchidos;
Siempre con jerga, técnica y pesada,
Produciendo la ruina, entontecidos,
De los pueblos do tienen su morada:
Gente entre la que veo siempre la cola
De Barrabas, que cual pendon tremola.

No sé lo que será, pero contemplo
Que las cultas naciones de la Europa,
La Francia y la Inglaterra, por ejemplo,
Caminan, es verdad, con viento en popa
De la sabiduría hácia el gran templo,
Pero quitad esa luciente ropa,
Y vereis, oh! por Dios! horribles hambres,
Con hombres semiñeras por enjambres.

De sus nobles alcazares al lado,
Alzase la *Cité* con sus basuras,
O el *Saint-Giles* (1), lazareto endemoniado
Do pululan gusanos ó creaturas;
Y al éco del progreso y sus venturas,
Contesta el alarido prolongado
De la Irlanda, que pide ó roba pan;
De las *razzias* de Argel y Afghanistan (2).

Cuantas veces con poco ó mucho seso,
Al correr de mi blanco parejero
He reído con desdén y con exceso,
Europa de tu misero hormiguero!
Y de tu caldo, por vapor, de hueso,
Al engullir gloton carne con cuero;
Deseando remitirte un buen matambre,
Para saciar tu interminable hambre!

Campo adelante, adelante
Vuele el redomon ligero;
Y aunque su sombra lo espante,
O corcovee mañero
Adelante sin cesar!

(*) Existen en Europa, especialmente en la Gran Bretaña, compañías de personas á quienes se paga para que asistan á llorar á los entierros. Aun la misma religion no llora por las almas que dejaron este mundo, mientras no se le pague, segun la tarifa ó arancel.

(1) Barrios populares de París y Londres, de indescriptible miseria y atraso.

(2) Alusion á las atrocidades cometidas por Ingleses y Franceses, cuando hacian quemar por centenares á los desgraciados que defendian su pais natal en la Argelia y en la India.

Cual alma de condenado
Que vá volando al infierno,
Corra el pingo acalorado,
Con la espuela y sin gobierno,
No cese de disparar!

Atraviese la cañada
Donde crece el duraznillo
Y vuelque de una pechada
Al asustado novillo,
Que dispara corredor;
Salte el arroyo liviano
Como el gamo la quebrada,
O chapalée el pantano
Saltando el agua estancada,
Cual granizo al rededor.

Ruede por la viscachera
Que tiembla bajo su planta,
Y en la rápida carrera,
Cubra el polvo, como manta,
Al ginete, al redomón!
Suba la loma espinada
Donde salta la conchilla;
Mas lijero la bajada,
Y si dobla la rodilla,
Rodarémós en montón!

Allí hay espinas agudas
Que te servirán de espuela,
Ola! mi pingo, ya sudas!
Y aunque su punta te duela
Adelante hácia el cardal!
Vuela la perdiz medrosa,
Se eriza el zorrino airado,
Y la lechuza se posa
Sobre el cardo mas alzado;
Deja atrás el matorral!

Corre á esa verde pradera
Mar que duerme en la bonanza,
Do grita la terutera,
Y revolea y se avanza,
Del ginete al rededor.
Allí corre la manada
Sin escucharse otro ruido,
Que el de la yerba estrujada,
Y al galopar repetido,
Del suelo el sordo temblor.

Aquel potro tan bravío
Que alza la cabeza vano,
Y aspira el viento del río
Sacudiendo altivo, ufano,
Su ondulante, espesa crin.
Ese tendrá que humillarse
Con sus bríos y ligereza
Que las bolas á encorvarse
Obligarán su fiereza,
Aunque dispare sin fin.

Corre ¡por Dios! parejero
Mas que el venado lijero
Cuando bramando el pampero,
Troza hasta el suelo el ombú.
Corre, vuela, salta, alcanza,
Y redobla tu pujanza,
Que yá ese potro se cansa
Aunque no te cansas tú!

Allá van las boleadoras
Mas veloces que las horas,
Describiendo zumbadoras
Cien círculos al volár.
Hurrah! que el potro enredado
Rodó en el suelo, indomado,
Echando desesperado
Espuma roja al jadar!

Volvamos á los ranchos, parejero,
Que el sol ya se sepulta en occidente,
Pintando con su espléndido reguero
Una aureola de luz sobre mi frente.

Lentamente caminan al rodeo
Los ganados que salen del cardal;
Y allá á lo lejos la majada veo
Corriendo presurosa hácia el corral.

Se asoma la viscacha entre la cueva
Para el campo al redor reconocer;
Y sus hijos despues afuera lleva
Para saltar con ellos y correr.

El chajá con su grito aspero y seco
Avisa se apróxima algun viagero;
Y allá á lo lejos conmovido al éco,
Contesta con su ¡Alerta! el terutero.

Se alza el ombú con su elevada copa
Cual gigante que cuida esas regiones;
Y en sus ramas selváticas arropa
Las aves mil que llegan en legiones.

Los ceñiros se plegan por el suelo
De las flores robando el rico aroma;
Y alguna estrella tímida en el cielo
Como una niña sin doblez, se asoma.

Todo es ventura aquí, todo respira
Tras de la agitacion la dulce paz;
Y rebozando el corazon suspira
Al no hallar cerca una amorosa faz.

Gozo agitado de placer bendito
Que nadie participa con mi amor;
Cual tornan á la fuente de granito
Sus aguas, que no riegan una flor.

Algun recuerdo vano me acongoja,
Y arido disminuye mi placer,
Cual una que otra amarillenta hoja
En las ramas de un árbol al crecer.

Todo en la calma está; del firmamento
Se abriga la májica techumbre,
Y mi ánima al hallarse en su elemento
Se pierde en vaporosa pesadumbre.

¿Porque la vida se me muestra ufana,
Y late sin calor mi corazón?
¡Oh! porque desespere del mañana,
E insaciable me arrojo á la afición!

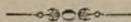
.....
Campos doquiera de verdor variado
Se estienden cual los brazos de una bella
Que llama con ardor á su adorado:
Doquiera el sol su resplendor destella,
Sobre ese inmenso, deleitoso prado;
Y al despuntar la matutina estrella
Cantan mil aves el venir del día,
Y despiertan al hombre á la alegría.

Allí son sus mugeres atezadas
Con sus ojos de amor, de fuego vivo,
Las flores mas hermosas y aromadas
Que nacen en sus campos sin cultivo;
Mugeres á su suerte resignadas,
De corazón ardiente pero altivo,
Que ofrecen á los hombres su tesoro,
Y no derraman, al perderlo, lloro.

Allí el gaucho valiente y atrevido,
Doma al potro indomable con su mano,
Arrastra con su lazo envanecido
Al tigre y al leon desde el pantano;
O corre contra el toro embravecido,
Tendiéndole de un golpe sobre el llano;
Pero de todos esos el mas fuerte,
Es el gaucho que ríe de la muerte.

Esos pueblos de gauchos y pastores,
Cuando se pone el sol en el ocaso,
Cantan cerca del fuego sus amores,
Improvisando trovas al acaso;
O paladean del mate los dulzores,
Componiendo las trenzas de su lazo;
Y al apagarse de su hogar el fuego,
Rezan á Dios para dormirse luego.

JUSTO MAESO.



LIGERAS CONSIDERACIONES

DEDICADAS Á

JOSE ANTONIO TAVOLARA.

Mi estimado amigo:

He recibido su apreciable y paso á contestarla como vd. desea, aprovechando la oportunidad de ser hoy Domingo, día de expansión y solaz en que nos es permitido hacer un paréntesis á los asuntos y cuidados que nos preocupan durante toda la semana.

El ponerse á borrar papel en día festivo, so pretexto de contestar, cuando no se hace otra cosa de lúnes á sábado, ofrece poca variedad, *c' est peu amusant*, como dicen los franceses; pero vd. pide una contestacion por escrito, y allá vá al correr de la pluma, acompañada de algunas *ligeras consideraciones* que la lectura de su circular me ha sugerido.

Creo por muchos conceptos útil la publicacion literaria que vd. va á emprender, y digna de que le presten su apoyo los que estimen en algo el progreso intelectual de nuestra Patria.

Por mi parte, vd. sabe que me intereso vivamente por todo lo que se relaciona con nuestras letras y nuestros jóvenes ingenios, y que jamas he negado mi concurso cuando se me ha pedido con ese objeto; concurso que he prestado siempre con desinterés y lealtad, apesar de los serios inconvenientes que mas de una vez he tocado.

En las polémicas, mi caro amigo, literarias ó politicas, que brotan como las ortigas y los cardos borriqueros en los campos incultos, se reproduce á menudo la escena del *concierto cenceril y galuno*, descrita en el cap. XLVI del Quijote (2.ª parte).

Endiablada cosa y digna por cierto del pincel de Goya es ver y oír la infernal baraunda de instrumentos destemplados y las bolsas de aquellos inofensivos animalitos con que se descuelgan algunos, que contra viento y marea se obstinan en que los tengan por dispensadores de las luces, por faros esplendurosos [cuando no sirven para faroles ni aun siquiera para candilejas] pontífices infalibles de la verdad, de la ciencia, del arte, del buen gusto, que en recompensa de su abnegacion y modestia suelen recibir ¡oh ingratitud y e-tupidez humanas! el pago que dieron los desalmados galeotes al buen hidalgo manchego que acababa de trozar sus cadenas; ó la espléndida ovacion que este recibió en la venta que él se imaginaba ser castillo, en aquella erótica aventura de eterna remembranza, cuando el arriero, furioso con la fatal equivocacion de la Maritornes, embistió á puñetazos al enamorado Adalid, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los pies mas que de trote se las paseó de cabo á rabo, segun las espresivas frases de Cervantes.

Vd. me dirá que estos son gages del oficio, que donde las dan las toman, que la fragante y codiciada rosa de la gloria tiene como todas las rosas muchas espinas, y por último que

«Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al arduo templo!»

A lo que yo le contestaré que he sido dado de baja en la falange escritorial desde el día que me vi en la dura necesidad de arrojarme en brazos de la severa Themis, convencido que las letras en nuestro país solo pueden cultivarse por lujo; y que bien considerado, el oficio de albañil es mejor que el de escritor público (sea dicho sin ofender á nadie) porque al menos aquel gana lo necesario para cubrir sus modestas necesidades, mientras que el escritor que no cuenta con otros recursos que su pluma, ya está fresco! si aspira á vivir con decoro y á dejar algun patrimonio á sus hijos; si es honrado y venga lo que viniere, suceda lo que suceda, quiere conservar su independencia, su dignidad y el derecho de no inclinar los ojos al suelo delante de nadie.

La mesquinísima retribucion que entre nosotros obtienen las tareas de la inteligencia ¡compensan el trabajo material, las luchas, los disgustos, las enemistades y desengaños que á manos llenas recoge el escritor en su ingrato camino?...

¡Triste y desconsoladora verdad que haria caer la pluma de

la mano á los mas entusiastas, si no fuese por otras consideraciones de un órden puramente moral y que rara vez se aprecian como es debido; consideraciones que elevan á la categoría de un verdadero sacerdocio la noble tarea que se imponen voluntariamente los escritores que reunen al talento que da el cielo la ciencia que lo fecunda y desarrolla con el estudio, y la virtud que lo aquilata y como el oro en el crisol, lo hace salir mas puro y brillante de las pruebas á que se le sujeta!

Pero veo que sin apercibirlo me voy formalizando, y me alejo del punto en cuestion, que eran los gajes del oficio, gajes que no me corresponden, por haber sido dado de baja en la literatura militante, como ya he manifestado.

Las Pandectas, las siete Partidas, las Recopiladas de Castilla, las de Indias, las del Fuero Juzgo, las del Fuero Real, las del Estilo, las del Ordeuamiento de Alcalá, los Autos acordados y Reales Cédulas, las Colecciones de Leyes y Decretos de Rodriguez, Maeso y Caravia, los Comentadores, Glosadores y otros sempiternos habladores, sin hablar de los ministros togados, jueces, alcaldes, letrados, procuradores, escribanos, alguaciles, &c. han hecho huir desfavoridas de mi estudio á las nueve encantadoras hermanas á quienes, en otro tiempo, con alma y corazon rendí fervido culto.

Las Musas me han abandonado, y Themis inflexible me asecha. ¿Como atraer á aquellas y burlar la vigilancia de esta?

Acérquese Vd. por mi despacho, y con el cuerpo de los delitos á la vista, no podrá menos de declararme en pecado mortal de lesa-literatura ante el monton de mamotretos, que con el nombre de procesos, entran y salen cada dia de esta oficina, y cuya amena lectura ha reemplazado á la de mis autores predilectos, que he tenido que guardar bajo llave para no ceder á la tentacion.

Queda probado, pues, que no me encuentro en servicio activo, literariamente hablando, ni parece justo endilgarme epistolas como la que tengo el honor de contestar.

Por consiguiente, conmigo no reza el refran *donde las dan las toman*, sino con Fermin Ferreyra, autor del precioso juguete cómico representado con ese título en el Teatro de San Felipe, y con tantos otros jóvenes de ingenio ó veteranos aguerridos, que en caso de ser obsequiados á lo Tardaguila, estan en mejor aptitud que el infrascripto para repeler cualquier arañazo ó mordiscon con el equitativo argumento: ¡Toma y vuelve por otra!

En cuanto á la gloria, es mujer y muy bonita; y como mujer bonita, traviesa, coquetuela é ingrata, y no está bien en hombres que peinan canas, y no abrigan la pretension de rivalizar con el Apolo de Belvedere, perseguirla cual taunos ó sátiros, encogüecidos por los ardores de la Canícula. . . .

Por lo demas, Vd. conoce la definicion que yo he hecho de la gloria, y que patentiza su naturaleza aerea é intangible.

.....Casta virgen
Que huye del hombre cuanto mas la implora,
Y en su sepulcro se le entrega y llora,
Porque viviendo le negó su amor:
La tierra besa que sus restos cubre,
Y el puro llanto que á raudales vierte,
En luz, y aromas y laurel convierte
Lo que antes era polvo corruptor.

Y vea Vd. como, sin advertirlo, nos encontramos en el capi-

tulo de la inmortalidad, dulce y consoladora promesa en la que fuera del órden religioso, ya observó Larra con su habitual color, que era prudente no contar con ella, por si acaso no se acordaba de nosotros.

Pero, dejando bromas á parte, le diré en conclusion, mi estimado amigo, que toda esta charla he necesitado emplear para convencerle que colaboracion cual la que Vd. sin duda espera, me es posible prestarle, aunque me sobre buena voluntad, por las perentorias y apremiantes ocupaciones del cargo público que he invisto.

Sin embargo, tengo diversos trabajos publicados en Europa de los cuales algunos pueden considerarse aquí inéditos, y si Vd. le convienen, tendré un verdadero placer en facilitárselos.

Deseo que su Revista alcance larga vida, y sea en realidad la *Aurora* de un porvenir mejor para nuestras letras, un campo neutral donde puedan estrecharse cordialmente la mano todas las inteligencias del Rio de la Plata, fraternizando por el amor al arte y el sentimiento entrañable de la Patria.

En tal concepto, agradezco á Vd. sinceramente su recuerdo y me repito.

Su afmo. amigo y compatriota,

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Agosto 17 de 1862.



MI SALUDO A LIMA.

DEDICADO AL DISTINGUIDO VATE ORIENTAL D. F. A. DE FIGUEROA

I.

¡Salve! Lima celebrada,
Emporio de la hermosura
Donde sus gracias natura
En tu suelo derramó.

En tu bóveda azulada,
En tus cerros florecientes,
En tus crestas prominentes,
Oro y púrpura lació.

II.

¡Ciudad de nombre esplendente!
¡Ciudad llamada—DE REYES!
Donde sus suaves leyes
La beldad osó dictar!

¡Quién no admira reverente
Tus soberbios torreones
Que revelan tradiciones
De tu antiguo bienestar?

III.

¡Quién no queda embebecido
De tu suelo siempre en flor,
Que ni marchita el calor
Ni el ciervo á agostar se atreve!

Aquí el mar embravecido
Jamás se oye rugir,
Solo del RIMAC salir
Se siente la brisa leve.

IV.

Ojas hermosas
Que en él discurren
El rostro encubren
Para incitar,
Su tez de rosas
Bajo del manto
Con mágio encanto
Lúbrico andar.

V.

En su cristalina linfa
La luna fúlgida riela,
Estando en perenne vela
Mientras torna el luminar:
Y cual peregrina niña
Que ostenta su rostro hermoso
Ella en su remanso undoso
Amor convida á gozar.

VI.

En su orilla revestida
De verdura permanente,
Las olas de su corriente
Bellas flores vé brotar (1):
Mientras el alma embebida
Al lado de la que adora,
En este lecho de FLORA
No siente el tiempo parar.

VII.

En su regazo
Todo se olvida,
Dulce es la vida,
Dulce existir;
Y en el abrazo
De la belleza,
El pecho empieza
A revivir.

VIII.

¡Feliz el que á tus umbráles,
Lima, ciudad de placeres,
Llega, y ciñe los laureles
De la viril juventud!
¡Felices de los mortales,
Que bajo el techo azulado
De tu cielo artesonado,
Ven llegar la senectud!

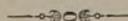
IX.

Son tus hijas cual pensiles
De Chipre ó de Citeréa,
Y en sus almas centellea
Amor, voluptuosidad:

O rosas en los Abriles
Del matutinal albor,
O hermanas del dios de amor . . . ,
O Venus en realidad.

H. M. MORENO.

Lima, 1846.



LA APARICION DE "LA AURORA"

Y EL

ATENEEO LITERARIO.

Emancipar á nuestra prensa de la rutina vergonzosa de las caricaturas;—despojarla del sofisma del análisis;—hacer resplandecer su espíritu, dilucidando las ideas del siglo, al alcance de todas las inteligencias;—elevant el pendon de la civilizacion á la esfera de lo sublime,—seria empresa digna de la concurrencia de las luces, y el timbre mas glorioso á que pudiera aspirar la nueva generacion.

Subordinar el impulso del genio al espíritu de la ley natural, que es la esencia de la sabiduría;—poner en accion la dignidad de la ciencia, para ilustrar al pueblo, sin ir á extraviar su juicio con argumentaciones sofisticas ó capciosas,—seria echar la simiente del respeto recíproco, que daria por resultado inmediato la mayor perfeccion del cuerpo social.

Aristóteles, explicaba la filosofia á sus discípulos, paseándose por el Liceo. Nuestras inteligencias la explicarán al pueblo, paseándose en el vasto campo de las ideas, creadas por el pensamiento, desde la época tradicional del *renacimiento*.

La empresa, árdua en sus principios, y débil en sus resultados primitivos, irá simplificándose y ensanchando sus medios de accion, despertando la fé y la dignidad innata al ser moral de la humana Naturaleza.

Llevando con constancia al complemento de la obra, el curso de sus luces y de su patriotismo, la nueva generacion, como los grandes rios, en su invariable curso, arrollaria los obstáculos é invadiria el espíritu del pueblo, depositando en él, el germen fecundante de la civilizacion.

El divino Maestro, en su paso por la vida de los hombres, depositó en sus apóstoles el germen de las doctrinas esencialmente filosóficas, que su poderosa razon juzgó necesarias para alimentar la luz que debia servir de faro á las inteligencias, en su mision de propaganda intelectual para la emancipacion del género humano.

De ahí, las imaginaciones en combustion crearon la divinidad del Cristo—dogma que, dominando al espíritu, llegó hasta someterlo á su dominio.

La historia está ahí, con la revelacion de las interpretaciones dadas á la esencia civilizadora del siglo.

Pero, si los hombres pudieron retardar los efectos de la palabra del hombre-Dios, no pudieron nada contra el impulso formidable, comunicado á las ideas, por la divinidad encarnada, símbolo del génio.

Y las ideas brotaron con vigor y estallido, en razon misma de la compresion que hubieron de experimentar.

(1) Verso del estimable poeta español D. Juan B. de Arriaza, en su cadenciosa y bien sentida despedida á Silvia.

La revolucion vengó el falseamiento del principio y revindicó los derechos sagrados de los pueblos.

La luz del sol fué creada para desterrar las tinieblas del sistema universal—para fecundizar los elementos, apropiándolos á la reproducción y conservacion.

Del mismo modo, la antorcha de la ciencia debe creerse consagrada á iluminar las tinieblas del espíritu.

Para combatir esas tinieblas y generalizar la luz, todo esfuerzo sería digno de una asociacion, cuyos miembros verian sus nombres inscriptos en el album de las glorias patrias, como recompensa que les acordaria la gratitud nacional.

Y ¿cuál sería el medio de llevar á la práctica estas doctrinas, ó á lo menos el de propender á que ellas no constituyan un mero destello de poética imaginacion?

«La Aurora» somete á la consideracion pública el pensamiento que brinda esos resultados, que tanto importan al bien de la sociedad.

La instalacion de un ATENEO.

Un *Ateneo Literario* en nuestra sociedad, que justificando su título, sirviese de punto de reunion á todos los que se consagran á las ciencias y á la literatura, para desarrollar tal ó cual idea, para dilucidar tal ó cual materia,—hé ahí lo que en nuestra opinion descorrería el velo de la esperanza, para dar paso á la realidad prometida.

En un sitio elegido al efecto, instalado el Ateneo, por medio de una suscripcion cuya cuota no traspasase un reducido límite, se establecerian diversas cátedras, de economia política, de legislacion, de literatura, etc.

Los hombres conspicuos de nuestra sociedad serian llamados á rejentearlas; y ninguno, ante el interés de la juventud que se invoca, y ante las conveniencias de la sociedad que lo exigen, contestaria con una negativa.

Los jóvenes que se levantan, cediendo á la irresistible naturaleza del génio, ó á la influencia desarrollante del estudio, llevarán sus producciones al Ateneo, sometiéndolas á la censura de la cátedra á que corresponda.

Este sería el medio de inocular en la juventud un sentimiento digno, que la impele á despojarse del miserable amor propio, y á profesar un respeto religioso á las formas que marca el buen sentido, formas que no es dado violar, sin hacerse reo de una necesidad injustificable.

Este sería el medio de despejar el horizonte de la inteligencia y presentar mas fácil el camino, á los que se consagran al estudio de las letras, difícil pero glorioso estudio.

En cada año, tendria lugar un certámen literario, señalándose tres premios destinados á los principales trabajos que se sometan al Ateneo.

Esos premios, resultado de la justicia, serán un estímulo para la juventud, que contraerá sus esfuerzos á la noble aspiracion de obtenerlos.

Para acreditar el fin de la institucion, los que concurran á presenciar las sesiones del Ateneo, podrán tomar parte en las discusiones que se susciten.

En el seno del Ateneo, deberá discutirse toda idea progresista, que sea de interés público, y el resultado de las sesiones será publicado.

«La Aurora», que se promete largos años de existencia, ofrece al efecto sus columnas al Ateneo literario.

El Ateneo, tal como lo concebimos, tendrá por lema reflexiones siguientes, que tienen por apoyo la razon y la dignidad.

El medio de llenar la elevada mision que se propone, es principando á nuestra prensa de la rutina vergonzosa de las casturas, despojándola del sofisma del análisis, haciendo respirar su espíritu, dilucidando las ideas del siglo al alcance de las inteligencias, elevando el pendon de la civilizacion á la esfera de lo sublime, subordinando el impulso del génio al espíritu de la ley natural, poniendo en accion la dignidad de la ciencia y ilustrar al pueblo, sin ir á extraviar su juicio con argumentos sofisticas ó capciosas,—el medio de conseguir todo esto, decimos, es no apartarse una linea del buen camino, ni descender á apreciar las consecuencias del malo.

A falta de poder material, la influencia moral de la asociacion, bautizada con el nombre de Ateneo, será ilimitada, tanto mas, cuanto nada vale la fuerza material sin el prestigio moral.

A medida que la luz de las buenas ideas atraviese los espacios, las sombras irán desapareciendo de por sí.

Para corregir el mal, ni se ataca de un modo directo, ni se condenan sus efectos.

Solo se eleva el bien, á cuya influencia misteriosa desaparece la inspiracion contraria.

Para que las doctrinas tengan efecto, el historiador reserva la opinion pública el derecho de pronunciarse sobre los resultados.

Ninguna buena idea debe pasarse inapercibida.

Las cuestiones que afectan el interés público, no se miran con indiferencia.

Todo ciudadano se debe á la patria.

Todo hombre, á la sociedad

Debe seguirse á la ley para estudiar sus efectos.

Estas bases rejirán la institucion en sus procedimientos morales.

El apego al estudio que surgirá irremediamente de la instalacion del Ateneo, arrastrará las mas deseadas consecuencias, llegando por el hecho á ser prácticas las doctrinas que hemos citado, y que prometen abrir una nueva faz de la naturaleza, que mantienen invisible la indiferencia, y la consiguiente limitacion de las ideas.

Esa noble contraccion de las facultades intelectuales al estudio de las letras humanas, levanta sobre las miserias de la vida un interés supremo de todos.

El pensamiento universal, entonces, se dirige á un mismo punto, las facultades tienden á un solo fin, y aumentan á los períodos de la civilizacion, y se estrechan los lazos de la humanidad y perecen los salvajes instintos del hombre, y triunfa la misericordia suprema del Creador.

Los beneficios inmensos, resultantes de la instalacion del Ateneo en nuestra sociedad, no alcanza á descubrirlos el afortunado vuelo de la imaginacion, que vése forzada á detenerse en las consecuencias mas inmediatas.

La literatura, esa fuente dó sacia el espíritu su sed inabarcable y ardiente, apenas aparecia entre nosotros, se estrelló contra el escollo de la indiferencia, emanacion de un egoismo culpable y criminal, que pesa enormemente en la balanza del destino universal!

La literatura es el vínculo mas estrecho que liga la criatura con su Creador.

Despierta una impresion consoladora, dilata los horizontes de la vida, embalsama la brisa que se respira, presta mayor magnificencia á los rayos del sol, y eleva el pensamiento á las altas regiones del bello.

Destruye la fastidiosa monotonía de la vida, abre las doradas puertas de misteriosa creacion, y á su riego bienhechor, la que en el jardin de la existencia quemara el hálito de fuego arroja la política, revive y entreabre su delicado pétalo, inundando el espacio con su natural perfume.

¿Se nos tachará de exajerados, porque hemos dejado libre vuelo á la imaginacion entusiasta? . . . No, porque en su vuelo, la imaginacion no ha traspasado el límite fijado al buen sentido.

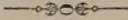
No hay exajeracion en nuestras palabras; mas todavía, hay en esto un destello de luminosa realidad.

Llévese adelante el pensamiento que inicia *La Aurora* con su primera operacion; empéñense nuestros jóvenes inteligentes en asegurar la instalacion del Ateneo, y en hacer que su mision se eleve á la altura de las ideas que preconizamos, y el resultado será positivamente al que divisa nuestra pobre imaginacion á través de los misterios del porvenir que lo separa.

Una gloria, no efimera, como casi todas las de la vida, una gloria que ha de vencer al rigor de los siglos, ceñirá con laureles inmarcesibles las sienas de los ejecutores de un pensamiento tan llamado por la época actual, y que pronostica tan inmensos bienes para la sociedad.

¿Se nos oirá?

AGUSTIN DE VEDIA.



LA HIJA SIN MADRE.

I.

EL ANGEL.

Pobre muger ¿por qué lloras
Sin consuelo,

Y las perlas que atesoras
Desparramas por el suelo?

¿Qué causa tu sufrimiento
Que transida,
En alas del vano viento
Vas exhalando la vida?

¿Por qué el dolor que te oprime
No se calma,
Ni con la brisa que gime,
Ni con la bondad de mi alma?

¿Lloras porque la fortuna
Te ha negado,
Los bienes con que importuna
Siempre enriquece al malvado?

Lloras del traidor amante
La falsía,
Con que mostró en el semblante
Lo que en el alma no habia?

¿Eres esposa y tu dueño

Te atormenta,
Y ora te ceda en el sueño,
Ora despierta te afronta?

¿Eres madre y de tu seno

Despiadada,
Algun hijo hermoso y bueno
Te arrancó la muerte helada?

Habla muger, porque anhelo

En tus males,
Verter la paz y el consuelo
De los bienes celestiales.

II.

LA HIJA.

No soy madre, ni esposa, ni lamento
El sinsabor que los placeres dan;
Ni me faltan vestidos ni alimento,
Que sé adquirir con mi trabajo el pan.

Un tesoro he perdido, y en él pienso,
Un bien supremo, un noble corazón;
Tierno, sublime, incomparable, inmenso,
Obra maestra de la gran creación!

Lloro por él inconsolable, y nada
Hallo en el mundo á su valor igual;
Porque era él de una madre idolatrada,
El corazón perdido por mi mal.

Y un padecer eterno me consume,
Y me abisma en la noche del horror;
Y la flor de mi vida se consume,
Deshojada en los manos del dolor!

Que perder una madre cariñosa,
Es perder en la tierra el mayor bien;
Es amar á la muerte pavorosa,
Por volar en sus alas al Eden.

¿Oh! quien pudiera contemplar la frente,
Coronada de gloria y esplendor,
De una madre feliz, eternamente
Absorta en la grandeza del Señor.

Pero, ¡ay! al mártir ni morir le es dado,
Porque es la muerte su anhelada paz;
Y si la dide—el infortunio airado,
Con brusco acento le dirá—¡jamás!

Huérfana y triste, solitaria y mustia,
Sin una flor en el desierto erial,
Sin un consuelo á mitigar mi angustia,
Sin el amor del seno maternal;

A mi pesar camino por el mundo,
Con la tremenda cruz del padecer;
Transida el alma de dolor profundo,
Exánime y sin llanto que verter!

¿Adonde estás? ¡oh madre idolatrada!
Por que me alumbre el sol de tu virtud,
Y fortalezcas mi alma quebrantada,
Y me vuelvas la vida y la quietud?...

Si la llama mi voz, no le responde;
Si la busca mi amor, no halla su ser;
Ni en el sepulero que su polvo esconde,
Ni en la morada que la vió nacer.

A veces sueño que á la vida vuelvo,
Al ver mi sufrimiento y mi horfandad;
Y cual el bórca el vapor disuelve
Mis ensueños disipa la verdad!

A veces creo apercibir su acento,
Al suspirar del aire volador;
Y otras el ámbar de su grato aliento,
En la divina esencia de la flor.

Y la busco en el claro firmamento,
Y la busco en las ondas de la mar;
En la tierra anchurosa y en el viento,
En el templo de Dios y en el altar!

Y ni su sombra á vislumbrar alcanzo,
Por tras que corro de su vuelo en pos;
Y mientras ella en eternal descanso,
Absorta vive en la bondad de Dios.

Yo, á mi pesar, camino por el mundo,
Con la tremenda cruz del padecer;
Transida el alma de dolor profundo,
Exánime y sin llanto que verter!

III.

EL ANGEL.

Tu congoja y tu llanto
Compadezco—y á fé que son muy justos,
Tus dolores, tus quejas, tus disgustos,
Por un objeto tan querido y santo.

Digna hija por cierto,
Es la que llora de amargura henchida,
A una madre que deja en su partida,
El doméstico hogar ¡triste y desierto!

Hija noble y virtuosa,
La que al trabajo bienhechor se aveza,
Y triunfa del rigor de la pobreza,
Constante, infatigable y animosa.

Pero es grande heroína,
La que sufre y padece y siempre espera;
La que nunca en el trance desespera,
¡La que nunca al dolor la frente inclina!

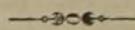
Con amor y paciencia,
El Divino Jesus, Dios verdadero,
Sufrió el martirio, y arrastró el madero
De la pesada cruz, que es nuestra herencia.

Y así, dichoso el hombre
Que padezca en la vida, y á la muerte
Lleve alma resignada heroica y fuerte—
¡Porque en el cielo escribirá su nombre!

Sufre como María
Madre del Salvador ¡sufrir y alienta!
Que rasgará el capuz de la tormenta,
El nuevo sol del suspirado día.

.....
Calmó el dolor profundo,
De la Hija sin madre. Su carrera,
Resignada siguió—El Angel era
LA CARIDAD DE DIOS, no la del mundo!

LAURINDO LAPUENTE.



EL CULTO DEL SOL

Y LA TRADICION DEL DELUVIO

ENTRE LOS AMERICANOS ANTIGUOS.

Capítulo I.

Es sabido que los antiguos hijos de ambas Américas, antes de la conquista, adoraban al Sol como el único Dios Supremo que conociesen, y parece que las naciones nuevas que salieron mas tarde de su seno, despues de la conquista, quisieron perpetuar el recuerdo de ese mismo culto, pues casi todas han conservado la figura de aquel rey de los astros en el escudo de sus armas.

Los eruditos é historiadores no concuerdan en la cuestion difícil de saber si la práctica de ese culto en una tierra ignorada del viejo mundo es debida á alguna comunicacion habida con la India ú otras partes de Asia en los tiempos mas remotos, ó si no se debe atribuir mas bien á uno de esos instintos intelectuales que son comunes á la naturaleza humana.

Entretanto, las ruinas interesantes que se hallaron en Méjico, en Guatemala, en el Ecuador y en el Perú, son el objeto de los estudios históricos mas importantes, al mismo grado como los trabajos arqueológicos hechos en las antiguas ciudades de Egipto y de la Asia toda. La sola ciencia de los arqueólogos viajeros y exploradores modernos, nos ha suministrado datos muy preciosos que algun dia permitirán sin duda la reconstrucion, pieza por pieza, de un pasado que la destruccion de los antiguos monumentos y manuscritos por los conquistadores en ambas Américas parecia haber reducido al olvido para siempre.

El nombre de la antigua capital del Perú, *Cuzco*, tenia el mismo significado que el de Heliopolis en Egipto, y queria decir *la ciudad del Sol*. La mayor parte de los antiguos templos de Méjico y de la América central se hallan edificados en la cumbre de unas especies de pirámides que dominaban á todos los alrededores. Está visto pues que los Americanos «sacrificaban solamente en las alturas», como lo hacia antes de la construccion de Templo el mismo pueblo Hebreo, segun el libro de Los Reyes (L. 1.º Cap. 3.º). En el valle de Méjico existen todavia dos pirámides antiguas llamadas por los Indios *la casa del Sol* y *la casa de la luna*, lo mismo como las columnas de los templos

...cipios y las del templo de Tyro, segun la relacion de Herodoto.
... Los descubrimientos practicados por los eruditos y cienti-
... que exploraron las Américas hacen mas evidentes cada dia
... analogia notada ya por los filósofos entre el culto de los anti-
... Americanos y el de los Egipticos, de los Indios y de casi tod^a
... Asia.

... Así es que los antiguos Mejicanos tuvieron un dios ó un rey
... llamado Quetzalcoalt, que desapareció, como el Osiris de los
... Egipticos, despues de haber enseñado à los hombres el arte de
... medir los metales, la ciencia de la division del año, y el culto
... que debian prestar á los dioses; mas tarde, ese mismo personaje
... fue adorado tambien, y particularmente por los mercaderes, que
... le consideraban como una divinidad tutelar: el Mercurio de los
... Griegos tuvo la misma significacion. Los Mejicanos tuvieron un
... dios del agua llamado Tlaloc, á quien dirigian sus preces para
... conseguir buenas cosechas, como hacian los Egipticos y los Grie-
... gos á Isis y á Cerés; tuvieron tambien un dios del fuego, una
... diosa de la tierra y un dios Marte, llamado Huitzilopochtli, que
... le consideraban como un espíritu lleno de pureza dándole una vir-
... gen por madre. En fin, en el número de los símbolos conservados
... en las ruinas de aquellos templos, se hallan los siguientes: la
... serpiente, el loto, la tiara de los Persas, el escarabajo de los Egipti-
... cos, la rueda [especie de zodiaco], la cruz triangular, la cruz
... astérica, etc. ¿De dónde sacaron esos emblemas, tan conformes è
... los antiguos con los de la India, de los Chinos, de los Persas, de los
... Egipcios, de los Egipcios?... .

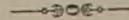
... Las investigaciones practicadas en la antigua Palenque y
... en otros puebls antiguos de América han hecho descubrir, á mas de
... otros monumentos curiosos descritos por Humbolt, Prescott y va-
... rios otros viajeros, unas ciudades inmensas que, en lugar de ha-
... llarse hundidas debajo de tierra, como Babilonia, Niniva, Palmi-
... ra, Pompeía, Herculano, se encuentran como perdidas en medio
... de las espesuras de una vejetacion activa é invasora, que produjo
... selvas é inmensas selvas vírgenes casi inaccesibles, allá mismo
... donde millares ó millones de hombres vivieron en sociedad hace
... algunos siglos. El mismo descubrimiento se hizo tambien en la
... isla de Java, segun la relacion del viajero holandés Van
... Moéwel.

... Ese fenómeno parece indicar que la naturaleza está siempre
... pronta á envolver al hombre y dominar á la civilizacion, desde
... el momento en que otros dejan de tratar de sujetarla en la vida
... de trabajo y de lucha constante que es peculiar de la humanidad.
... Si quisieramos profundizar esta observacion, llegaríamos sin
... duda á convencernos mas y mas de la razon que asistia á los an-
... tiguos cuando hacian notar, por sus emblemas alegóricos como
... en sus doctrinas filosóficas, la analogia que existe entre las leyes
... que gobiernan á la naturaleza entera y las que deberían servir de
... guia á la humanidad. En efecto, el hombre que no cultiva la cien-
... cia y su razon, pronto retrocede hácia las fronteras de la igno-
... rancia mas crasa, cualquiera sea la instruccion que habrá recibido
... en su juventud, y los pueblos que no adelantan en civilizacion,
... como los Chinos modernos, pronto vuelven al estado semi-bárbaro
... de los primeros habitantes del globo. Aquí limitaremos estas con-
... sideraciones, que merecen por cierto fijar la atencion de los ami-
... gos del progreso y de la ciencia, como de los pensadores despreo-
... cupados, porque en nada atañen los principios religiosos que cada
... uno puede profesar.

En el número siguiente concluirémos esas notas con las rela-

tivas á la tradicion del diluvio, entre los mismos Americanos pri-
mitivos ó autoctonos.

ADOLFO VAILLANT.

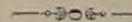


EN UN ALBUM.

Pequeñuela y alegre,
Vivaz como la chispa,
Que de las ascuas salta
Si un soplo las aviva,
Al lado de tu madre
Te ví graciosa niña.
Pocos años pasaron
Sin tenerte á la vista,
Y hoy veo al encontrarte
Transformada la chica
En una hermosa jóven,
De mirada espresiva
Cuya virginea frente
La inteligencia indica.
Así, graciosa Julia,
Asi corre la vida,
Y de una edad en otra
Fugace se desliza,
Sin que parar podamos
Un instante su huida!
El valle ameno dejás
Do empezaron tus dias,
Para ir á continuarlos
En la vecina orilla
Del magestuoso Plata,
Do vuelve tu familia.
En cualquier parte, Julia,
Puede hallarse la dicha.
Pura como las flores
Que el zéfiro acaricia,
Te sentirás felice
Si la virtud cultivas.
Fija Julia en tu mente
Esta verdad sencilla:
«De la dicha se aleja,
Quien la virtud olvida.»

B* M*

Mendoza, Febrero 18 de 1861.



POESIA POPULAR.

Hace tiempo que poseemos las décimas que publicamos á
continuacion, persuadidos de que en medio de la rudeza del len-
guaje, brillan pensamientos que retratan fielmente los amargos
desengaños que el hombre experimenta cuando la suerte le es
adversa.

Muchos de nuestros poetas podrán indudablemente desar-
rollar el tema de esa ruda composicion con palabras mas adecua-
das, con imágenes mas primorosas; pero difícilmente con la

naturalidad y sentimiento que constituyen la belleza de las obras de los habitantes de nuestros campos,—de esos poetas repentistas que inspirándose en la naturaleza cantan sin arte, pero tambien sin plagiarismos, sin imágenes rancias y con la mágica expresion de los antiguos *improvisatori* napolitanos.

Un gaucho, ignora como el gondolero de Venecia, como el campesino de Toscana, lo que es rima, lo que es gramática y no puede aprisionar su pensamiento en los estrechos límites de un arte que ni comprende ni necesita su fantasia fogosa y libre; pero tiene un corazon que siente, que se conmueve, que ama ó aborrece, ó se entusiasma ó se queja:—y ese corazon es la fuente de donde brotan al compas de los melancólicos sonidos de la guitarra, esas trovas bellas como la naturaleza, sencillas como sus costumbres, armoniosas como la voz de los pajarillos que elevan un himno sublime al Creador, al derramarse la luz, ó en esos momentos misteriosos que preceden á la oscuridad.

Hé aquí las décimas á que nos hemos referido:

• Dicen de que un desgraciado
Su triste suerte lamenta,
Y de que el dichoso cuenta
Mil amigos á su lado;
Pero si el tiempo es mudado,
Fenece al pronto su fama,
Y ya todos lo proclaman
Por un hombre *finitivo*,
Porque no se halla un amigo
Ni en la cárcel, ni en la cama.

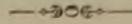
Infinitos ejemplares
Nos enseñan las historias,
De que amigos para glorias
Se presentan á millares;
Pero para los pesares
De esos no habrá la mitad;
Fenece toda amistad,
Se acaban los agasajos
Viéndose el hombre en trabajos,
Dice el mundo,—y es verdad.

Cuando el cáliz es gustoso,
Y fortuna y dicha brillan,
Los mas altivos se humillan
A los piés del venturoso:
Completamente dichoso
Todo lo tiene consigo;
Pero si el oro enemigo
Lo derriba de la cumbre,
Ya no le queda vislumbre,
Muger, ni dama, ni amigo.

Mientras que la dicha dura,
Sigue la muger constante,
La dama se muestra amante,
Firmeza el amigo jura;
Mas si se vuelve amargura
Tan dulce prosperidad,
Adios amor y amistad,
Y vanos prometimientos:

A trabajos y tormentos
No acompaña la lealtad.
Cárcel de Mercedes—1857.

DERMIDIO DE MARÍA.



LOS AMORES DE MONTEVIDEO

POR

ANTONIO DIAZ (bije).

CAPITULO I.

EL ESTUDIANTE.

Si vá á decir la verdad,
de nadie se me dá nada;
que el ánima apicarada
me ha dado esta libertad
Quevedo.

El novelista, además de la facultad que posee, de ver invisible para otros, tiene el privilegio de rarificarse como el aire.

Por otra parte, como su febril imaginacion, está continuamente en ejercicio, duerme poco, y suele vagar por las calles en las solitarias horas de la alta noche.

El novelista, es observador concienzudo, y así como conternpla arrobado las bellezas de la mano del hombre, en los primordios del arte, busca las cosas que lo impresionan, en las armonías solitarias y silenciosas, de lo creado por la mano de Dios.

Bajo este punto de vista, la noche con su majestad sombría ó plateada; el mar, ó algo de lo que queda dicho, es lo que guarda mas armonia con su alma, y aunque hay libretistas que no tienen, preciso es confesar, que no todas han de ser del templo de la de Villergas, que comete la *majaderia* de escarpelar de piadadamente las infusas producciones de algunos colegas suyos en letras. Creemos que la ciencia, ó la sabiduría que Dios vierte en el alma del hombre, debe reverenciarse, tanto por lo que lleva en sí de la impresion divina, cuanto porque no debemos ser menos que los antiguos, que han sabido traer á nuestros días la leída memoria del Taso, del Petrarca, etc.

Esto es deplorable, y por eso vemos con frecuencia que el genio se incorpora herido, y que estendiendo los brazos, trata de apoyarse en ese amenazante espectro que se alza á su lado, bajo el nombre de *filosofía*, arrojándose al fin en los brazos de esa escudela, para caer sepultado despues bajo las aberraciones del oscurantismo.

Pero dejemos esto. Declaremos á Villergas *intratable*, echando un velo sobre el cadaver del *discurso monstruo*: un sudario sobre todos los nuevos métodos modelos, desmenzados, escarpelados y arrojados al hosario. La memoria de los hombres le sea leve y los silvidos de la invidia acaricien los arapos científicos que cobijan el cadaver de aquel volúmen desconocido ingratamente como acaricia la brisa glacial del invierno, penetrando por la desigualdades de una loza mal cerrada, el polvo amarillento de un esqueleto en disolucion, y archívese.—El título de este capitulo es *El Estudiante*—Entremos pues en escena, y lo que queda escrito sea dicho como de paso.

Si el autor se hace invisible, para observar, ó se rarifica como el aire, para poder introducirse por los intersticios del cuerpo, está en su derecho, porque forma parte de él, y además, para es hacerlo, para poder responder de la exactitud de esta; y finalmente, fuerza es creerle, en obsequio á la buena armonía entre el lector y este, y quedaremos en algo.

En una de las calles de Montevideo, hay una casa de arquitectura antigua; un caserón, que aunque grande, es mal construido, repartido en proporciones defectuosas.—Su fachada, desde el tiempo á que nos referimos, hasta los días que corren, ha estado sufriendo incesantemente, con envidia, la blancura de sus hermanas vecinas.—Inmóvil y silenciosa, ha luchado, desafiando con firmeza arrugada y meditabunda, la saña del tiempo, cuya inclemencia se ha estrellado en ella largos años, hasta que la reciente epidemia se encargó de hacerle presente á su propietario, que era indispensable lavarle la cara; y efectivamente, se le dió una mano de alba de castañas, y todo quedó arreglado.

Las profundidades, revueltas, cortijos y escaleras carcomidas, los corredores de madera apollillada, que forman la mecánica ruinosa de esa mole de cal y ladrillo, llama mucho la atención, en todo aspecto siniestro de una escalera principal, elevada, angosta y precaria, inclina á creer al momento, que mas bien que gente que vive allí el crimen, reparado por la oscuridad y hermado con el vicio.

Y efectivamente, por los años que vamos narrando, vivían allí una docena y media de pillos, truanes sin profesion ni oficio, y con suma igual, salvo error de pluma ó cálculo, de señoras tapadas etc.

Es claro que en el seno de tan amable conjunto social, no podía reinar una paz muy octaviana; pero tambien lo es, que debían entenderse, supuesto que vivían en familia; lo cual quiere decir que cada uno vive como puede, bajo la bendición de Dios y á la sombra de las narices de los hombres.

Pero cada cual tiene tambien sus necesidades, y no todos han de ser truanes, por la sola razon de no poder pagar un cuarto principal.

En el número de estos seres, honrados y desválidos, estaba un pobre joven aislado en el mundo—uno de esos seres que naturalmente se quedan en él, sin sosten ni amparo, por la pérdida de los autores de sus días.

No se necesita mucho esfuerzo para conocerlos, y con solo mirar su frente, se encontrarán en ella al momento los profundos surcos que dejan allí las caricias del mundo, con los arrojados rostros, ostracismo, en el seno mismo de la sociedad, y si os fijais en las líneas sombrías y severas que bajan á los lados de su boca, después de surcar todo el largo de la mejilla, vereis la expresión del sufrimiento que acibara la vida del hombre mortificado por las uñas de la sociedad.

Este jóven llegó pues una noche (no importa la fecha) á la casa que hemos descrito, y después de arreglar precio y condiciones, se encaramó en un altillo, con media docena de trapejos y media docena de libros.

Aquella miseria que subía gateando por una escalerita apollillada á lo mas elevado de un chirivivil, era un problema.—Estaba en lucha con la sociedad que reía de su ropa vieja—El, por su parte trataba de sobreponerse á ella, trabajando con resignacion, y sobre todo, en silencio.

Quería ser hombre, y se preparaba el camino—Ya era estu-

dante—La pieza que éste habia elegido era el altillo, y en este concepto, estaba independiente del resto de la casa.

La escalera estaba clavada en la pared, del lado de afuera, y suspendida en el vacío.

Además, tenia dos ventanas—una que miraba al mar, y otra que comunicaba con la azotea de una casa acomodada.

Por consiguiente, tenia luz para estudiar, y por otro lado el mar y las ventanas de la galería de la casa vecina, á su frente.

Nuestro estudiante se conceptuó feliz, y dijo frotándose las manos:

—Creo que estoy bien acomodado: cuando baje y suba la escalera, haré de cuenta que tiene carbonos encendidos, á fin de no detenerme con la amable compañía que me rodea, y que confieso que no me seduce mucho.

El lector preguntará ahora ¿de donde viene esta criatura aislada, y sobre todo, en medio de tan horrible desamparo, ¿dónde adquirirá recursos para sostenerse, y atender á los indispensables gastos que requiere el aula?

Es muy justo y vamos á ponerte al corriente, amable lector ó lectora, supuesto que tienes la complacencia de prestarme tu atención.

El primero, y mas sólido recurso de nuestro jóven, era su buen sentido á todas luces.

Integro, retirado del mundo; limitado en sus aspiraciones; contenido en todas sus pasiones, resignado en las necesidades, conforme con su presente; esperando siempre al travez de las vicisitudes de su vida precaria; su entendimiento tranquilo y meditabundo, era extraño á todos los peligros: á todas las falaces emboscadas, que encuentra á cada paso, un hombre que aun no lo es, y mejor dicho, un tercio, de la idéntica forma, y duración material de éste, arrojado á la tierra, donde debe germinar, ó malograrse el fruto.

Así designamos á un hombre de 20 años.

Esta era á la verdad, la edad de nuestro jóven.

Hijo de una familia acomodada, su padre tomó parte en la primera lucha de nuestra emancipacion política—Amaba el peligro y rectificó como muchos, la incontestable verdad de el adagio, muriendo en él.

Quedó su esposa con dos hijos gemelos; una niña que se llamaba Clemencia, y un niño que conoce el lector con el nombre de Clemente—ambos de diez y ocho años de edad.

Muerto el gefe de la familia, arrastró consigo, la ruina de la casa.

El apoderado de sus bienes, exhibió documentos y cuentas contra su poderdante, resultando de esto, el despojo arbitrario ó legitimo de todos sus bienes.

La pobre madre fué descendiendo gradualmente al último tramo de las necesidades—Un paso mas abajo estaba la miseria, en su abismo negro, frio, é insondable—El pié perdió el equilibrio y la pobre madre se sepultó en él—Le faltó el corazón—ó mas bien tenia un gran corazón.

Ella lo habia previsto todo, y en su consecuencia, habia tenido tiempo para recomendar á una hermana, que velara por sus dos hijos, á quienes no dijo *adios*, por no aflijirlos; pero los miró de un modo que habla mas que todas las palabras y las lágrimas que pueda producir una madre que cae al féretro.

Los niños fueron pues á casa de su tía, que vivía pobremen-
te en una calle rotirada.

Clemencia empezó á trabajar en costuras—Una parte del
producto de ellas, estaba destinada, para atender en reunion con
los ahorros de su tía á las necesidades de la casa—Es decir, á
evitar la muerte por el hambre,

La otra, para contribuir á la educacion de Clemente.

Esto durò un año; pero nuestro jóven se reveló contra el
voluntario sacrificio de su hermana á quien dijo un dia:

—Hermana mia—yo tengo diez y nueve años—ya soy hom-
bre, y puedo trabajar para buscarme una carrera, á fin de evitar
te algún dia las penas de la vida que llevas; porque no siempre
heumos de ser desgraciados, mi pobre Clemencia.

Todas las observaciones por parte de la tía y de la hermana
fueron inútiles.

Clemente empezó á pedir trabajo por todas partes.

Se ofreció para dependiente,

para mayordomo,

para capataz,

para peon,

para algo. . .

pero, inútilmente.

No le conocian—había sido hijo de militar, y forzosamente
debía ser vicioso,

¡Talvez ladrón!

Su traje lo indicaba.

Estaba mal vestido—Eran las consecuencias del juego y de
la embriaguez!

—Señores! soy honrado.

Deseo ser hombre—ser útil á vdes. mismos.

Quiero trabajar; porque tengo una hermana que amo mucho,
y está en la miseria. . .

Pero ¿donde encontraba la contestacion á su ruego?

Las puertas de las casas se cerraban con estrépito sobre sus
narices.

En las anchas espaldas de alguno, que talvez menos honra-
do que él, se había enriquecido despojando á su prójimo—á sus
hermanos quizá!

Y no sería nada todavía, si solo á recibir negativas se redu-
jera la desgracia de Clemente; pero es el caso, que esta clase de
personas, se encargaban, no solo de cerrarle sus puertas, sino
tambien las ajenas, asegurando que nuestro jóven era un vago,
vicioso, sin profesion ni oficio.

Entonces decía para sí:

—No hay cosa mas bárbara que el egoismo, ni medio mas
seguro que eso, para poner de relieve el corazón humano—Pero
sufriré:

Algun dia me encargaré de arrancar caretas, que ocultan
fronteras no muy limpias, y rostros que reflejan lo que en vano
pretende ocultar la conciencia—Adelante.

Y Clemente seguía luchando.

—Si no puedo ganar el sustento en un oficio acomodado, lo
buscaré en uno fuerte y penoso. ¿Qué hacer?—Es necesario tra-
bajar; porque mi pobre Clemencia morirá de pena y de miseria.
¡La miseria!—e'la!—tan delicada. . . pobre ángel!

—Trabajaré de dia, y estudiaré por la noche.

Y así sucedió en efecto.

Clemente secontrató con un maestro de obras, y por espacio
de cinco meses, estuvo ganando diez y ocho pesos con seis reales
á razon de cinco reales diarios.

Mas adelante ganaba nueve reales; y completó la renta mes-
sual de treinta y tres pesos, seis reales.

Cuatro pesos le costaba el cuarto,

Doce, la mala comida,

Dos, de alumbrado.

Total de gastos— 18 pesos.

Quedaban pues 15 pesos y pico, que entregaba á su hermana.

Estos eran los recursos del inquilino del altílo.

Por lo que hace á su estudio, un amigo del Colegio, venía
todas las noches á ponerle al corriente y cuando este faltaba,
Clemente tomaba los libros, y salía á buscarle.

Rara contraccion al estudio á los 19 años.

Indudablemente aquellos dos jóvenes debían ser algo ma-
tarde.

Si su amigo no estaba en casa, entonces iba á la de Clemen-
cia, y pasaba en su compañía dos horas de la noche, y se retiraba
temprano para levantarse al siguiente dia á la hora del trabajo.

Los domingos y dias feriados; venía Justo á buscarle [asi se
llamaba su amigo]: se reunían á Clemencia, y salían por la tarde
á dar su paseo por las rocas del Río de la Plata.

La desgracia busca siempre la soledad.

Huye como per instinto del bullicio, por no turbar la ale-
gria ajena, ó por evitar el ser insultado por la felicidad tumultu-
osa de los otros. Clemencia respiraba aire y era feliz.

Justo gozaba con dos personas que queria,—participaba de
aquella felicidad á tres amenizandola con su bullicioso carácter y
se volvía contento.

Y por último, Clemente volvía tambien, olvidando por un
momento los pesares de su vida fatigosa.

Si al entrar en su bohordilla duraban todavía los crepusculos
de la tarde, se apoyaba de codos en la ventana, y permanecía en
ella mirando el mar, hasta que las sombras de la noche venían á
echar su manto negro sobre el cuadro.

Clemente cerraba entonces su ventana, y encendiendo la luz,
abrir primero las raidas tapas de Balmes, despues los elementos
de práctica forense por Laspra, y finalmente el *Elementa Juris*;
y creemos que con esto ya conoce el lector sus antecedentes, su
origen y su modo de vivir.

Su figura era la siguiente:

Talle regular—delgado—color moreno—ojos negros—cara
redonda y des poblada de barba—nariz aguileña pronunciada—
boca regular—pelo negro.

II.

JUSTO:

Habían corrido tres meses desde que Clemente vivía en
aquella casa.

Un jueves á la noche abrió la puerta de su bohordilla, encen-
dió luz, y se disponía á tomar sus libros, cuando retrocedió con
sorpresa á la vista de varios objetos colocados cuidadosamente
sobre su cama.

Sobre la mesa había un papel, que decía lo siguiente:

«Te espero mañana, á las tres de la tarde, en mi cuarto.—
Comeremos reunidos.—No te niegues á recibir lo que está sobre

camina.—Es un recuerdo de tu hermano.—Justo.
Clemente se quedó pálido.
Volvió los ojos sobre los objetos depositados sobre su lecho, pero se atrevió á tocarlos.
Era un traje negro completo.
Al lado de esto, estaba un ramo de flores y la señal de un libro bordado con las iniciales de su hermana.
Clemente dejó escapar una lágrima.
Su corazón se abrió al agradecimiento, en medio de las desdichas de la vida.
Tomó las flores y la señal, y las besó con respeto.
Después fijó la vista en los objetos que le daba su amigo, y se puso á contemplarlos en silencio.
De pronto le asaltó una idea.
—Mañana cumplo años, dijo.
No debo negarme.
Primero iré á ver á mi hermana, y después me reniré á Justo; pero yo no me atreveré á comer en su casa.
Tengo las manos tan maltratadas, y á mí no me corresponde el guante.
Mi condición es muy humilde, y después de todo, pueden encontrarse allí personas de distinción....
Me disculparé, y Justo me perdonará.
Ninguno puedo yo usar este traje, que es el que llevan las gentes de tono.
Me han visto siempre humildemente vestido, y ahora....
—¡Nó! dirán.... que.... he robado!
Clemente se detuvo.
Esta última palabra, escapada de su garganta, penetró en su oído como la punta de un puñal.
—¡Yo robar!
Esclamó con voz sorda:
—¡Oh miseria!—á que condición reduces el corazón del hombre!
Hasta el extremo de dudar de sí mismo, de negarse á cubrir su cuerpo, por temor de que lo afrenten sus semejantes....
Clemente guardó pues silenciosamente el traje.
Tomó la señal y la colocó en su libro favorito.
Después se acostó; y tomando las flores, apagó la luz, y quedó dormido con ellas.
Al día siguiente, 24 de Marzo, á las 4 de la tarde, Clemente llamaba con timidez á la puerta de Justo.
Este, estaba solo. La mesa preparada y servida.
Clemente conoció que era esperado, y se ruborizó ligeramente.
—¡Hola!—esclamó Justo—al fin, Señor mandria!
Clemente tendió la mano á su amigo, y le dijo con melancolía:
—Justo! perdóname la demora; pero yo venía solamente á disculparme, y por otra parte á darte gracias....
—¡Qué diablo! no hablemos de eso; no merece la pena; pero hermano; ¿sabes que siento mucho una cosa?
Clemente le vió venir, é interrogó cortado:
—¿Qué cosa?
—Yo te había elajido un traje igual al mío....
—Sí, es cierto; pero.... gracias....
—Nada de eso.... no es eso.... he dicho que no merece la pena....

Clemente no contestó.
—Es decir que no me esplicas claramente.... tienes razón!.... á veces me sucede; pero....
—Pero, ¿qué?
—Que me hubieras dado gusto si le hubieras traído puesto; porque estoy cierto que te sentará muy bien.
—Talvéz—nunca he llevado un traje igual.
—Nunca!—bah!
—Oh! nunca! Y menos creo que me será permitido llevarle ahora porque ya comprenderás....
—¿Qué quieres que comprenda?
—Que eso se desprendería de mi condición...
—¿Cómo de tu condición?
—Sí, tan baja.
—Pero si eres tan decente como yo, desgraciado.
—Decente, sí; pero creo que estoy en toda la plenitud de tu palabra última.
—¿En la desgracia!
—Sí, en la desgracia.
—Toma! pero tu eres honrado y en tal concepto, mas feliz, que muchos mandrias que no lo son.
—Eso me consuela mucho en medio de mi desdicha; pero te juro, que no me pondré nunca un traje así.
—Pues harás una tontera ¡Canario! y supuesto que no lo debes, y lo ganas con el sudor de tu frente, tienes mas derecho para llevarlo que muchos que aparecen en la sociedad, y que deben desde la corbata hasta el botín.... Hombre! no me tires de la lengua; porque yo no necesito mucho para hablar la verdad,
—Oh! yo no debo á nadie, hermano.
—Ya lo sé, y por lo mismo, no debes temer á nadie, ni andar con la frente baja, sino al contrario, alta, bien alta, y mirar de frente á todos.
—Me dirán orgulloso, descarado y pillo.
—Quién.
—Ellos!—dirán que he robado—y á Clemente le saltaron dos lágrimas.
—¿Quiénes son ellos? ¿Quiénes son los que dirán que tu has robado? dijo Justo, estirando el pescuezo, y abriendo estre madamente los ojos.
—Los que tienen el derecho exclusivo de estafar á la sociedad.... de llevar ropas de lujo.... de mirar con desprecio al hombre que no las lleva; y si el que las lleva es un desgraciado como yo, entonces se encargan de desacreditarlo.... pero dejemos eso.
—Por el contrario!—¿porque lo hemos de dejar?—sentiria mucho verte perseverar en esas ideas.
—Por otra parte; yo tengo razones muy poderosas, agregó Clemente, razones, que no solo están de perfecto acuerdo con el bien parecer, sino tambien con los mas íntimos sentimientos de mi alma.
—Que diablo! pensó Justo—tambien puede tener razón.
Y los dos amigos se miraron en silencio.
Clemente levantó tristemente la cabeza, y dijo:
—Pero tú no me preguntas que razones son esas...
—Con efecto.... yo creo que.... algo debía preguntarte; pero no pueda ser un secreto delicado; y yo.... aunque soy un poco tronera, respeto ciertas cosas en los hombres....
—Pero tú debias decirme—Clemente, tú tienes un secreto y yo deseo saberlo.
—Nada!—nada de eso—No quiero saberlo.

—Pues bien—yo nunca me vestiré así, mientras mi pobre Clemencia trabaje, y cubra su cuerpo con ropas de zaraza....

—Calla! no se me había ocurrido. Está visto que soy un atronado—Tienes razon Clemente.... ¡oh si! te digo que tienes razon.

—¿No te ofenderás ahora si guardo tu presente?

—¿Que me he de ofender?—al contrario, tengo esperanzas, que no lo guardarás por mucho tiempo—Ahora dejemos la conversacion y comamos, que despues hay tiempo para todo—Que demonios, Clemente, prosiguió tocandole el hombro, no te aflijas el mundo es grande, y el campo nuestro; deja correr la bola, y engúllete esa perdiz en escabeche, para preparar el apetito—á ella Clemente, á ella.

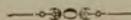
A las seis de la tarde los dos amigos habían comido ya

Clemente subia á su cuarto, presa de mil emociones encontradas.

Distraido, y con la mano apoyada en el pasamano de la escalera, subia á su reparo, cuando una voz delicada y conmovida, exclamó muy cerca de él.

—Ay, caballero!—mire Vd. que es muy fácil caer.

(Continuad.)



CORRESPONDENCIA.

Señor D. José Antonio Tavolara.

Presente.

Muy Señor mio:

Me seria muy grato poder contribuir á la realizacion y establecimiento de su propósito. Pero conteniéndose en las exigencias de vd. una promesa que ha de tener publicidad, y hallándose como vd. sabe con tareas muy arduas y numerosas en mi profesion, no me es posible ofrecer á vd. la cooperacion que me pide; no obstante de que si mas adelante tuviere algo literario que publicar, me será muy satisfactorio hacerlo en las columnas de su periódico.

Con este motivo soy de vd.

Affino. y atento servidor

VICENTE F. LOPEZ.

Casa de vd., Agosto 16. de 1862.

Muy Señor mio.

La atenta invitacion que Vd. me dirige para tomar parte como Colaborador en el nuevo periódico *La Aurora*, me obliga, bien á mi pesar, á manifestarle la imposibilidad en que me hallo de concurrir con mi escaso contingente á tan importante publicacion.

Las ocupaciones á que estoy contraido, absorven todo mi tiempo.

No puedo, pues, contraer ningun compromiso del carácter que Vd. me propone

Desearo tener otra ocasion en que satisfacer sus deseos, me suscribo de Vd. atento servidor,

Q. B. S. M.

LUCIO RODRIGUEZ.

S. C., Agosto 17 de 1862.

Señor:

He recibido la carta que Vd. me dirigió el 15 del corriente invitándome á tomar parte en la Colaboracion de un periódico literario que se propone establecer en esta Capital.

Dedicado exclusivamente, como lo estoy desde algun tiempo á estudios y tareas de diverso género, al que debe caracterizar publicacion proyectada, me hallo en el caso de manifestar á Vd. que no me es posible aceptar el lugar que en ella se ha servido ofrecerme.

Esto no obstante, agradezco su cortés invitacion, y quedo de Vd.

Atento servidor,

YLD. GARCIA LAGOS.

Montevideo, Agosto 18 de 1862.

Muy Señor mio.

Recibí su muy atenta, fecha 15 del corriente, y quedo á Vd. sumamente grato por su recuerdo, como lo felicito por su pensamiento de fundar una «Revista Mensual» puramente literaria que tan notable falta hace en nuestra Capital, tan trabajada por la politica. Aplaudo la idea, y deseo á Vd., mi amigo, el éxito mas completo en la empresa.

En cuanto á la Colaboracion que Vd. solicita de mí para su periódico, no me es posible ofrecerla, porque, humilde amigo de las letras, no reuno sin embargo las dotes de inteligencia necesarias para poderlo ayudar en la obra; reconozco mi insuficiencia, y no puedo menos de declinar de tan honrosa invitacion, que es superior á mis fuerzas; pero que, sin que sea por mi parte un compromiso, haré por su publicacion cuanto de mí dependa en la esfera de mis facultades.

Quiera Vd. aceptar los sentimientos de sincera amistad con que tengo el gusto de repetirme de Vd. affmo. y

S. S. Q. S. M. B.

JUAN M. DE LA SIERRA.

Casa de Vd., Agosto 25 de 1862.

Muy señor mio:

Pido á vd. disculpas por no haber contestado antes á su estimada del 15; mis incesantes ocupaciones me lo han impedido. Esta es tambien la razon que tengo para escusarme de contribuir á la colaboracion del periódico literario que se propone Vd. fundar, y cuya idea aplaudo esperando que me haga vd. el honor de contarme entre sus suscriptores.

Como colaborador, aparte el escaso contingente que podría prestar á vd, repito que me es muy difícil: las atenciones de mi destino me roban todo el tiempo, dejándome, apenas, el necesario para descansar.

Lamentando no poder responder, como desearia, á su amable invitacion, hago sinceros votos por el éxito de «La Aurora» que será muy bien venida entre tanto diario politico.

Soy de vd. affino. y S. S.

Q. B. S. M.

C. CARVALLO.

Agosto 29 de 1862.

Muy Señor mio y Amigo.

He recibido la invitacion que Vd. se ha servido hacerme, para Colaborador del periódico que debe en breve publicar.—Sumamente grato á su recuerdo, debo, sin embargo, declinar el he-

por que Vd. me dispensa, porque considero que, para figurar en el número de los literatos, es menester haber conquistado ese envidiable título.

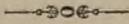
Si fuere joven todavía, talvez entregara à la publicidad algunos ligeros ensayos, escritos con la sola idea de ejercitarme é instruirme, porque es sabido que el escritor novel siempre encuentra en el lector benevolencia; pero, no hallándome en este caso, temo—y con razon—aventurarme á subrellevar las consecuencias del que escribe para el público sin poseer las dotes necesarias.

Deseándole á Vd. el mas feliz éxito en la noble empresa que comienza, y rogándole me cuente en el número de sus suscritores, me ofrezco de Vd. afino. servidor y amigo.

Q. S. M. B.

AVELINO LERENA.

Casa de Vd., Setiembre 5 de 1862.

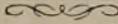


BAJO LOS TILOS

FOR

ALFONSO KARR.

Traducida expresamente para "La Aurora".



I.

Magdalena á Suzana.

11 de Abril.

Tu carta me ha causado un gran placer, mi querida Suzana; tus narraciones y tus descripciones tienen para mí toda la pompa y todo el encanto de las hechicerías; esas ricas vestiduras, esas fiestas magníficas de que me hablas, han sido el objeto de mis sueños durante dos noches; en cuanto á mí, no sé que decirte en compensacion, aquí no hay nada semejante, y no tengo nada que comunicarte, sino que los ciruelos están en flor y que el viento tibio de la primavera trae al cuarto, en el momento en que te escribo, el perfume de las primeras violetas y de los primeros racimos de lila.

Te agradezco la linda banda que me has enviado; se pasará probablemente algun tiempo ántes que me la ponga, no porque yo viva como una recluta ni como una religiosa, como parece temerlo tu amistad, pero los pocos amigos que visitan á mi padre no son ricos, y no querría este que mis atavíos eclipsasen los de las hijas de aquellos en nuestras reuniones domingueras.

Mi padre ha alquilado el pequeño cuarto que se halla en los altos de nuestra casa y que nosotros no ocupamos; el que lo habita es un jóven, poco comunicativo, sombrío y salvaje. Cuando bajo al jardin por la mañana, lo encuentro siempre con un libro que no lee casi nunca, porque tiene los ojos fijos continuamente en la tierra, y me he fijado que su libro es siempre el mismo. Sin embargo no lo creo ni triste ni desgraciado; hay sobre sus facciones una serenidad y una calma extraordinaria; en

cuanto me vé, me saluda y se retira bajo los árboles ó sube á su pequeño cuarto.

Como preveo las preguntas que me harás á este respecto, y sé todo lo que nos interesa á nosotras las jóvenes, te diré que no es bello, y que su aspecto tiene algo de inculco y de repulsivo; sus vestidos limpios y bien hechos, son llevados y arreglados con una negligencia extremada. La otra noche, mi ventana habia quedado abierta, y lo oí cantar: su voz no es desagradable y tiene una grande expresion; pero canta mal y sin arte ninguna. Mi padre dice que es muy sábio, es todo lo que puedo informarte; no le he hablado jamás, y ni él ni yo buscamos las oportunidades, y es probable que no tendríamos jamás relaciones mas extensas.

Mi padre se halla en este momento muy ocupado; ha hecho con un vecino un cambio de plantas de tulipan, y teme que la estacion no esté muy avanzada para trasplantarlas.

Adios, mi buena Suzana; abraza por mí á tu madre y á tu padre, y recibe la seguridad de mi tierna amistad.

MAGDALENA.

P. D.—Me apercibo que mas de la mitad de mi carta se ocupa de un extranjero que no nos interesa ni á la una ni á la otra; debes atribuir esto á la monotonía de nuestra vida en una pequeña villa sin sociedad y sin distracciones.

II.

Magdalena á Suzana.

15 de Abril.

Te escribo, mi buena Suzana, y no tengo nada que referirte ni que decirte; así eres dueña de romper ó de quemar esta carta sin leerla. Te escribo porque estoy triste y fastidiada sin saber la causa, porque tú eres la única á quien puedo impunemente cansar con mi cháchara.

El tiempo está magnífico. El sol toma fuerza, todo germina y se desarrolla; la savia, mucho tiempo encerrada en los ramales, brota en hojas de un verde claro; el aire tibio penetra en el cuerpo y le procura una languidez mezclada de placer y de pena. Desde hace algunos días me es imposible permanecer en un solo lugar; voy del jardin á la casa, y de la casa al jardin; me siento con un libro en la mano, y de repente mi libro cae. Respiro el perfume del follaje; me embriago con el aire primaveral que acaricia mis cabellos, y caigo en una profunda meditacion, en una contemplacion taciturna. Horas enteras permanecen fijos mis ojos en un pedazo de yerba, que brilla como una esmeralda al reflejo del sol, y siento en el corazon ese malestar que fatiga al estómago cuando no se ha comido, por apresurarse á ir á un baile ó á una fiesta, una especie de doloroso vacio; despues, gruesas lágrimas ruedan de mis ojos, y me alivio llorando de todo corazon. Y te lo juro, mi buena Suzana, no tengo ningun pesar; mi padre me adora, y no es feliz sino con mi felicidad; pone todo su cuidado en prevenir mis menores deseos, y apesar de su amor por sus tulipanes y sus jacintos, y todas las plantas de su jardin, las dedica muchas veces para procurarme un placer ó una distraccion. ¿Recuerdas, mi buena Suzana, en el tiempo que hemos pasado aqui juntas, mi loca alegría y mi indiferencia? No sé donde se halla todo eso; todo á mi alrededor parece tomar nueva vida, todo se engalana con los adornos festivos, como dice Goethe:

- « Como en día de himeneo la naturaleza está engalanada,
- « La orilla del bosque
- « De bellas plantas floridas brilla toda dorada
- « A los rayos del sol de Mayo,
- « Y la brisa refrescante
- « Se embalsama jugueteando en los temblorosos lilas,
- « O siembra en la tierra un odorífico gajo
- « Balanceando los blancos guindos. »

Y solamente yo estoy triste, y ¡ay! cubre mis pensamientos un negro crespon. Los pájaros se buscan y se reúnen bajo el follaje de los tilos. La primavera, dicen, es la estación del amor, y dispone el alma á las dulces impresiones; y yo, no deseo sino estar sola; y cuando estoy sola, lloro sin que causa alguna pueda justificar mis lágrimas; y, ¿tendré valor para confesártelo? siento al llorar un nuevo placer para mí. Me encuentras muy loca, ¿no es verdad? yo misma estoy mas sorprendida y mas asustada que tú. Cada vez que miro á mi alrededor, no veo sino motivos de dar gracias á Dios por la felicidad de que me colma todos los días, y hallo que soy muy ingrata hácia él, y muy indigna de sus bondades.

Adios, Suzana mía.

III.

Edward á Stephen.

Aunque no hayas tenido bastante confianza en mi amistad para participarme tus proyectos de huida y del lugar de tu refugio, y que hayas cometido la injusticia de tratarme al igual de tus parientes, te escribo porque soy mas previsor que tú.

Hemos sido educados juntos, y hemos crecidos, yo, como una yedra caprichosa, tú, como un alamo elevado; tú no ves en mí sino un compañero de infancia, y me huyes como se huye del zumbido incomodo de un insecto. Temes que mis palabras secas, que mi espíritu positivo no marchiten como un viento maléfico los celestiales sueños de tu imaginacion.

Admiro tu vida ideal y poética, como admiro las poesias de los antiguos vates, como los ensueños de los meditados y sombríos escritores de nuestro país. Pero, ténlo entendido mi querido Stephen, esas son bellas y brillantes flores que se secarán cuando la primavera de tu vida concluya. Entonces te acercará á mí, nuestros dos idiomas se parecerán, y mi voz no ofenderá ya tus oídos.

Hoy me huyes y tienes razon, no podemos todavía marchar por el mismo camino; el aire en que yo vivo te mataría. No me agradaría verte reir de piedad y de desprecio de lo que hace mi felicidad: podriamos odiarnos, y sin embargo somos hechos para amarnos. Hay en nuestras dos naturalezas algo que me parece acomodarse y adaptarse bastante bien; los ángulos salientes de nuestros caracteres coinciden. Es necesario que nos reservemos para mas tarde una franca y buena amistad. Nos acercáremos cuando el viento del Norte haya hecho mas flexible el gajo del alamo, y cuando, despues de haber visto deshojar tus ilusiones, sientas la necesidad de amarrarte á lo que hay de prosaico en la vida; cuando bajas del cielo en que vives, que estés bastante cercano de la tierra para que nuestras manos puedan tocarse.

Hasta entonces, estemos lejos el uno del otro; consiento: nos chocariamos con frecuencia. Pero ¿por qué no nos darémos desde lejos señales de amistad? ¿Por qué querrias impedir que me interese en el bien y en el mal que te suceda?

Tu familia se queja mucho de tí; es, en efecto muy extraor-

dinario que hayas partido apenas con el dinero necesario para tu viaje, bajo pretexto de ir á concluir tus estudios á Goettingue, y haber desaparecido sin dar noticias tuyas desde hace dos meses. Es necesario que sientas gran repulsion hácia la jóven que te destinan; y sin embargo, si fuese permitido hacerte una observacion, te diria que no teniendo tu padre mas que una pension vitalicia no tiene absolutamente nada que dejarte cuando muera, y que ese casamiento te pondria en posesion de una bella fortuna que es la verdadera fuente de la independenciam de que te muestras tan deseoso.

Adios; espero que te dignarás fijarte en el cuidado con que he evitado en mi carta toda manifestacion de estrepitosa alegría, todo tiro á la poesia, toda irreverencia hácia tus quimeras, á fin de que esta epistola halle gracia por tu parte, y que no la recibas como á un huésped incómodo, como te sucedia algunas veces conmigo.

Encargame de tus comisiones.

Tu hermano es mi compañero de placeres, hablamos algunas veces de tí—Parece amarte mucho.

IV.

Oh! dime que no duermo.
(Klopstock.)

Es tarde, y estoy en mi cuarto al lado del fuego sin poder dormir. La carta de Edward me ha hecho hacer reflexiones. ¿Será posible que realmente verá extinguirse la poesia de mi alma? ¿Será posible que verá amarillear y caer una á una, hoja por hoja todas mis bellas creencias? Oh! no, no, el Dios que me ha creado no ha querido tomar una amarga irrision; no ha puesto en mi corazon el deseo y la esperanza para magullarlas y pulverizarlas por tristes contrariedades; no le ha dado á mi espíritu alas que lo elevan sobre las rosadas nubes de la mañana para en seguida hacerlo caer con pesantéz sobre la tierra; la felicidad que hé presentado no es un sueño: una alma que busca mi alma, una mujer para completar mi vida, un amor que me dá esa mitad de mí mismo cuya ausencia siento tan cruelmente, que llene ese doloroso vacío de mi corazon.

Todo en la naturaleza es mayor que nuestra imaginacion, jamás mi espíritu habia podido darme una idea perfecta de una alta montaña; y aunque nuestros poetas hayan hablado muchas veces de la salida del sol, la primera vez que asistí á ese espectáculo sublime, comprendí cuan abajo de la realidad habia quedado mi espíritu. Los ensueños de la imaginacion no son sino un pálido reflejo de las obras de Dios. ¿Seria creible, que por medio de un triste privilegio, nuestro espíritu tenga bajo un solo punto de vista un poder de creacion mayor que el de Dios, que tenga la fuerza de imaginar una felicidad que el creador no ha podido formar para nosotros?

No, no, esa felicidad cuya necesidad siento, Dios la ha formado para mí, como ha formado el sol que vivifica, y la sombra de los árboles, y el viento perfumado que ajita las hojas.

Si Edward tiene razon, plegue al cielo que yo no sobreviva á mis creencias; que no tenga que llevar el luto de mi alma, y que despues de haber sentido mi cabeza acariciada por el halito de los ángeles en las nubes, no me vea reducido á arrastrarme en la tierra como un frío reptil.

En todo caso, lo sabré, y no me sobrevivirá á mí mismo; escribiré siempre mis impresiones, y las compararé. El día que

me convencido que lo que tengo en el corazón es una brillante
esta de jabón que se achata y se disuelve, que mi felicidad se me
aspará como el agua á través los dedos cerrados para retener
me quitaré la vida, é iré á pedir á Dios en el cielo lo que me
había ofrecido en la tierra, pues Dios es un buen padre, y cada
de nuestras necesidades encierra una promesa de satisfacerla.

V.

**Donde se sabe cuantas variedades hay
de Jacinto.**

Esta mañana bajé al jardín; el cielo estaba azul y hacia sol;
encontré al Señor Müller. Lo saludé en silencio; me volvió el
cuerdo y permaneció parado, apoyado en su azada, los ojos fijos
en mí y pareciendo esperar que yo le dirigiera la palabra. Estaba
un poco embarazado, no sabía que decirle; como yo hesitaba,
me habló él primero y me dijo:

—¡Lindo sol, Señor!

—Sí, dije, lindo sol.

Y como creí que en cambio de una observación, por muy
trivial é insignificante que fuese, le debía una observación, agregué:

—Y un lindo cielo.

—Oh! oh! me dijo el Sr. Müller, las noches son frescas toda-
vía, y temo las heladas.

Hubiera querido partir y ganar la calle de tilos; pero perma-
necia apoyado sobre su azada. Una conversación era inevitable.
Me resigné é hice una señal en la página de mi libro. Me
ataba á mí el hablar, y buscaba en mi cabeza un objeto con que
completar la conversación. Me vino al espíritu que sería
conveniente que le preguntase por su hija; pero no sé porque al
abrir la boca hesité. Creí al principio que un interés tan marcado
por una joven podía inquietar al padre; después, que habría afección
en no hablar de ella; y como me decidiese, pensé que mi
observación podía haber sido notada; y sentí que me sonrojaba, y
me retiré.

El Sr. Müller volvió á tomar su frase:

—Temo las heladas, y antes de salir el sol no hubieseis po-
dido permanecer en el jardín con la cabeza descubierta.

Sonreí.

—Sois joven, me dijo, y yo soy viejo. Hago mal en calcular
vuestra fortaleza por la mía; es un defecto común de los viejos;
nosotros podemos desafiar al frío, pero yo, tengo necesidad del sol.
Cuando tenía vuestra edad, hacia lo que hacéis vos; jamás el
viento norte, por muy picante que fuese, no me ha impedido el ir
á herborizar á las montañas; jamás las nieblas frías del invierno
me han hecho retardar una partida de caza en el bosque; me gusta
ver á los jóvenes caminar y comer por arriba de la nieve. Vos
me habreis visto á mi pequeña Magdalena venir al jardín en días
muy fríos: exijo únicamente que esté abrigada. Esta pobre crea-
tura debe ver con dolor el sol á través los vidrios; nos ha llegado
un primo al que es necesario hacerle compañía, y apuesto á que
ella lo maldice de todo corazón; y es sin embargo un bello y es-
piritual muchacho.

A estas palabras sentí un calofrío por todo mi cuerpo.

La puerta del jardín se abrió; Magdalena entró seguida de
un joven rubio; la voz de Magdalena era alegre y afectuosa. No
sé por qué, para evitar de saludarla, fingí no haberla visto, y me
bajé para mirar un Jacinto.

—Es el Jacinto de Holanda, me dijo el Sr. Müller; esta
planta me la regaló un hombre á quien tuve el honor de hacer
un pequeño servicio, y de cuando en cuando me envía algunos
regalos como recuerdo. Es una historia bastante curiosa. Tenía
entonces treinta años, era en invierno, el día empezaba á de-
clinarse...

Magdalena se llegó á nuestro lado; saludé friamente recor-
riendo de una sola mirada todo el personal del primo.

—¡Eh bien! Schmidt, dijo el Sr. Müller, te quedas á comer
con nosotros?

—Sí, mi tío.

—Está bien. ¡Has hablado con Genoveva, Magdalena?

—No, padre mio, pero voy á ir.

—No, acompaña á Schmidt, yo me encargo de disponer la
comida. Señor, me dijo dirigiéndose á mí, os contaré la historia
otro día.

Magdalena y su primo permanecían delante de mí, espera-
ban por política el partido que yo iba á tomar; pero yo no esta-
ba con humor de mezclarme en ninguna conversación, me incliné
y me alejé aparentando leer; pero solo estaba ocupado en definir
lo que por mí pasaba.

Me parecía que tenía motivo de quejarme de Magdalena,
y mi aspecto era serio y hasta severo. El primo me chocaba;
había en él cierto aire de fatuidad é impertinencia. Hubiera da-
do todo el mundo porque un pretexto bastante me hubiera per-
mitido buscarle camorra, tanto mas que, cuando se alejaron le
dijo á Magdalena algunas palabras que la hicieron reír mucho.
Imaginé que se burlaba de mí; me sentí palidecer, y contenía mi
respiración para ver si podía oír algunas palabras; pero caminá-
bamos en una dirección opuesta, y me fué imposible oír nada.

—¡Soy loco? me pregunté, ¿me ha insultado en algo ese
joven, y no puede él embromar sin que yo sea el objeto de la
broma? Y en todo caso, ¿por qué es que he saludado á la Señorita
Müller con mas frialdad que la de costumbre? ¡Vamos!

Y esto diciendo hice un movimiento como un hombre que
rechaza lejos de sí una idea que le incomoda.

—Uf! dijo Müller, que había vuelto y que, sin que yo me
apercibiese, había otra vez tomado su ocupación, por poco no ha-
béis puesto vuestro pié en un jacinto, que no hubiera estado en
vuestro poder el reemplazar; es el jacinto poliantea. Fuera de este
no conozco sino otros dos, el uno en Amsterdam, en casa del
amigo de quien os he hablado, y el otro en lo de un florista fran-
cés en Chinon, en Torená. ¡Si supieseis cuantos cuidados me cuesta
este jacinto! ¡Si vos me vieseis colocar la planta á medio pié de
la tierra, poner abajo un poco de tierra liviana para impedir que
se pudra, y tierra pingue arriba para fortalecerla! Si me vieseis
evitar que á esa planta deje de darle el sol, os asustaríais
de vuestra distracción. Señor, es una bellísima flor el jacinto;
asi que el sabio Petrus Hoffpenger pretende que su nombre de-
riba del griego, y cuya traducción es la *flor por excelencia*; pero
yo sostengo, apesar de su autoridad, que el nombre del Jacinto
viene de la *violeta de Apolo*.

En ese momento yo miraba al primo que tenía entre sus
manos, la mano de Magdalena; hice un movimiento para apartar
al Sr. Müller de su meditación, y hacerle ver lo que se pasaba;
pero él me dijo:

—¡Qué pensáis vos, que sois un helenista?

Hice que repitiese lo que habia dicho el Sr. Müller, y como no hiciese caso, continuó:

—La opinion de Petrus Hoffpenger se apoya sobre el espi- ritu que se halla sobre la i en el primer sentido y se relaciona con la letra h, con la que empieza en francés el nombre de *hya cinthe*. Sin embargo no creo equivocarme, hé leído todo lo que se ha escrito sobre los jacintos, desde el jacinto de Constantino- pla hasta el jacinto encarnado de Flandes... Muchachos, gritó el Sr. Müller, vamos á comer!

Ellos se dirijieron juntos hácia la casa, y yo sali, como de habitud, para ir á comer á mi hosteleria; pero estaba agitado, no comi y pasó el tiempo paseándome por el campo.

[Continuará.]

LABERINTO.

De todo un poco.

El título que acabamos de escribir podria—esta vez, al menos—inducir en error á nuestros lectores.

Quizás se prometerian leer baj este rubro noticias genera- les acerca de cuanto pasa en nuestra sociedad, y no hallarian otra cosa que una especie de prefacio al abrir esta seccion en nuestra «Aurora».

Deseamos pues prevenirlos de antemano contra toda de- cepcion.

Ahora que les hemos dado el palta!—libres quedan de proseguir en su lectura ó de arrojar al fuego nuestros suel tos.

Los prefacios son en cierto modo como vidrios de reloj; la mirada los atraviesa sin detenerse, pues no busca sino ver que horas son.

Nadie los lee.

Nó, alguien se toma ese trabajo: su autor, pero lo hace si tiene la prudente costumbre de volver á leer sus originales, ó si él mismo corrige las pruebas.

Mas podria bien acontecer—todo está en lo posible—que alguno de nuestros favorecedores, por distraccion ó por curio- sidad, nos leyera hasta el fin.

En la naturaleza, hay cabida para todos los gustos, por mas distintos que sean.

A ese quidam particular, le dirémos el por qué y cómo darémos en todos los números de esta Revista, lo que desde ya hemos intitulado LABERINTO, especie de Seccion recreativa en donde registrarémos las novedades sueltas, ya sean literarias, científicas, intelectuales ó sociales, que puedan y deban publi- carse en breves líneas, de un modo sucinto y categórico.

A veces estos sueltos procuran mas dificultades que el mas extenso artículo, y en algunos casos—ya se ha visto—suelen me- recer mayor aceptacion tambien.

Mucha razon asiste á Boileau en este verso:

Un sonnet sans défaut vaut seul un long poéme.

El pensamiento tiene alas, y alcanza do quier.

A fines de 1856, apareció en Paris—el centro de las artes y de la civilizacion, como dice Victor Hugo en su magnífica obra

Los Miserables—un periódico literario, titulado *Le Chronique de la Semaine*.

Presentóse en la arena periodística con estas palabras:

*Lo que en otros tiempos hacian algunos escritores para los cortes de Rusia y Alemania, quisiéramos hacerlo hoy para el único Gran Señor que haya quedado en pié en medio de nuestras revoluciones:—para el Público.

*La produccion nueva, el libro nuevo, el astro que se levanta la estrella errante, la cháchara de la calle, las simplezas de fi- lano, los chistes de sutano, los chismes de mengano, esto, es aquello, y algo mas aun, todo es de nuestro dominio.

*Bosquejarémos, lo mejor que podamos, toda la trapicon de esta gran ciudad....

Estos tres parrafos citados, mucho prometen, ¡no es verdad!

Y bien, nosotros los adoptamos por norma de nuestras reas *gaetilleras*, porque conocemos practicamente que de este modo satisfacerémos uno de los apetitos mas marcados de nuestro público, siempre ansioso por los cuentos, los embolismos, la aventuras, etc., de nuestro mundo Montevideano.

Convencidos estamos que hoy nada se lee con tanto gusto e interés como la anécdota—sobre todo cuando no escasea la sa- ni la pimienta,—el relato de los incidentes mas notables, la crí- tica, la crónica local, etc.

¿Llenarémos nuestro propósito?

Guay del que vive sin esperanza.

Gratitud.

Sr. D. Agustín de Vedia,

Colaborador de EL PUEBLO.

Estimado Amigo.

Experimento la necesidad de agradecer á Vd. las expresiones halagüenas con que se ha dignado anunciar, en el diario en que Vd. colabora, la aparicion de esta revista.

Las palabras de Vd. mucho me honran, y no me merecen tanto, pues escasa es la mision á que me he consagrado en la «Aurora».

Simple aprendiz de chapucero en la fragua de los obreros que intentan levantar el edificio de nuestra literatura—naciendo aun,—mi empeño se limita á reunir el trabajo de cada cual formar un solo todo.

Lo que deseo, lo que anhela mi amor propio—todos en este mundo, en dosis mas ó menos dilatada, están dotados de esta cualidad,—es que no se calumnie mi intento.

Vd. me ha adivinado, y este motivo me hace quedarle mas agradecido por su artículo.

Me permitirá Vd. que aquí lo reproduzca, para que conste que antes de la aparicion de la «Aurora», ya habia en la prensa periódica quien la habia amparado bajo su proteccion.

Tocábale á Vd. hacerle ese honor.

Como director, le aseguro que no me detendré ante ningun sacrificio para alcanzar el fin de mi programa.

Mucho me alienta el ver que mi pensamiento ha sido bien recibido por la mayor parte de nuestros cólegas, que han prontito cooperar á esta obra.

Sin mas, por el momento, reitero à Vd. los sentimientos de consideracion, y crea que siempre serè de Vd.

Afno. y S. A.

Q. B. S. M.

J* A* T*

de Vd., Setiembre 21 de 1862.

«LA AURORA.»

Pronto verá la luz pública este periódico, puramente literario, bajo la direcion de nuestro compatriota y amigo, el Señor José Antonio Tavolara, ventajosamente conocido en el terreno de las letras, y que cuenta como colaboradores principales à los señores que, en ambas riberas del Plata, han conquistado un puesto distinguido en la carrera de la literatura.

A la vez que esa publicacion proporcionará al espíritu un alimento, tanto mas necesario cuanto que la aglomeracion de periodicos que invaden la sociedad, se ocupan exclusivamente de la politica, —ella vendrá à despertar el sentido de la literatura, —arremecido entre nosotros, y à dar animacion à las inteligencias curiosas, recorriendo a sus ojos el velo que separa un horizonte mas claro y mas sereno.

Ese bello pensamiento se recomienda à sí mismo, y nos inspira la esperanza de que la sociedad entera se apresurará à manifestar sus simpatias por esos vuelos de la imaginacion, tendientes à difundir la ciencia, adornada con los atributos de la poesia.

El talento debe ser comunicativo y fecundo,—y à la vez que se aplica à la investigacion de las relaciones misteriosas de la naturaleza con el destino humano, debe contraerse à hacer resaltar el esplendor de luz, cuanto la literatura tiene en sí de peregrino—de preciosa armonia del estilo,—profundidad de las ideas, elocuencia filosofica de las conclusiones, viveza y lucidez de las imágenes.

La planteacion de ese proyecto es el mas seguro medio de difundir las ideas hácia el bien comun, y concurrirá, mas que otra cosa alguna, à contener la libertad dentro de los limites del órden y de la justicia.

No terminaremos sin dirigir una ardiente felicitacion al autor de tan útil y bello pensamiento, y sin llamar de nuevo la atencion pública sobre él, persuadidos de la favorable acogida que encontrará.

AGUSTIN DE VEDIA.

Para todos pasó.

Quejándose un poeta de haber pasado un año mas por su vida, ha exclamado:

¡Un año mas! ¡Y qué! ¡Porqué me apuro,

Si el tiempo contener no está en mi mano?

Dejémosle que corra, pues que en vano

Su lento paso detener procuro.

Confieso que es, à fé, bastante duro

Mírar nuestro cabello un tanto cano,

Mas como habrá de ser, tarde ò temprano,

Que sea. ¡Qué mas dá? No me apresuro.

Que esté alegre, que rabie cuanto pueda;

Que ría ó me lamente de mi suerte;

Que corra ó que me tienda à la bartola,

¿Consigo algo? No tal, que el mundo roeja;

Y viéndole rodar vendrá mi muerte...

Pues, si ha de ser así, rueda la bola.

Setiembre 21.

Poesias.

Tenemos el gusto de anunciar à los amantes de la literatura, que se están publicando, bajo un solo volumen, las poesias de D. Francisco Xavier de Acha.

El Sr. Acha, cuyas inspiraciones han hallado siempre benévola acogida en la prensa, y que ha cultivado con igual fortuna todos los géneros, nos dá una nueva prueba de su amor à las bellas letras con la publicacion de su libro, que contendrá, no lo dudamos, no pocas bellezas literarias.

Movimiento intelectual.

Es un curioso é imponente espectáculo el desarrollo actual del pensamiento Uruguayo y Plateño.

El movimiento intelectual se aviva cada vez mas.

Las producciones de nuestros escritores—aunque no en gran número, sin embargo bastantes para despertar atencion y simpatias—van saliendo del letargo à que las condenará la indiferencia de nuestros pueblos, ocupados, por desgracia, en bastardas rencillas de partido.

Solamente notarémos de paso, que las mas de ellas son poesias, lo que es realmente sensible, pues mas nos hubiera gustado ver à nuestros literatos dedicarse à obras mas sèrias: historia, ciencia, filosofia.

¡Tanta poesia!

Al menos si en ese genio de rimadores diéramos con algun génio, un talento notable, una verdadera *notoriedad*—como ya es costumbre decir desde la aparicion de las biografias que escribe nuestro buen amigo Mangal du Mesnil.

Pero, ¡ay! debemos de confesar, à nuestro pesar, que no hallamos sino *médiocrités*, algunos suficientemente felices.

Entre nuestros compatriotas, no han faltado quienes se hayan dedicado, con un celo y consagracion que los honra, à la literatura dramática, sin que todavia haya descollado uno que otro.

¿Por qué no entregarse al estudio para producir obras sèrias?

La novela empieza à gozar de algun crédito, y ya nuestra literatura posee algunos volúmenes de ese género, que son dignos de leerse.

Al empezar este suelto, no habíamos ciertamente pensado extendernos tanto, y sin embargo poco hemos dicho sobre los productos de la inteligencia de estos paises privilegiados.

Este trabajo exige dedicacion asidua, y no nos creemos con la fuerza ni la capacidad—necesarias—para emprenderlo debidamente; pero hemos apuntado la idea para que alguien la tome al vuelo, la acepte y le dé el desenvolvimiento que requiere.

Hemos querido aguijonear la atencion de la porcion culta de nuestra poblacion sobre la actividad de nuestros ingenios, para rechazar las imputaciones que se nos hace—gratuitamente—de inercia, abatimiento, dejádez, somnolencia y holgazaueria.

De este articulito, aunque incompleto y al correr de la pluma, puédesse sacar una consecuencia:—que la vida literaria está entre nosotros llena de fuerza.

Ni las desgracias, ni los contratiempos sin número, no pueden detener ese movimiento ascendente,—ese desarrollo admirable,—esa aptitud sorprendente que algún día ha de hacer que nuestra literatura sea de nota entre las demas.

Así lo esperamos para lo porvenir.

¿Quién se negará?

Hacemos un llamamiento á todas las ilustraciones del Río de la Plata, así como á todos los jóvenes en cuyo pecho hierva aquel no sabemos qué que los lleva á entregarse á la carrera de las letras.

Sus simpatías nos servirán de aliento.

Su cooperacion sostendrá nuestro desvelo.

Y la utilidad pública coronará nuestros esfuerzos comunes.

Sea como fuere, abordamos la empresa con confianza, y creemos que nuestra voz—por débil que ella sea—será oída por todos los ecos de ambas orillas del caudaloso Plata.

Un baile de máscaras.

Hemos asistido, el 19 del mes próximo pasado, á la primera representacion de esta ópera nueva del celebre maestro de Busseto.

No es oyéndo'la una sola vez, que se puede juzgar con alguna seguridad de una *partitura* de Verdi.

Sin embargo, darémos cuenta de nuestras impresiones.

El *Baile de Máscaras* es lo que acostumbra ser la música de su afamado autor: acentos ríspidos,—rimos vigorosos,—melodías cortas, pero ardientes,—trozos de conjunto llenos de unisones victoriosos,—instrumentacion gastada, pero poderosa y colorida, como dice Scudo.

En esta composicion abundan los *motivos*, los mas de ellos encantadores, y casi todos recordando tonadas populares, que ya se oyeron ó que uno cree haber ya oído, talvez por su misma naturalidad y gracia, y por la facilidad con que se insinuan en el oído.

Con todo, nada podemos notar que merezca llamarse extraordinario, y su fuerte no es la originalidad; pero eso no impide que se la considere la mejor de las *partituras* de Verdi, por su gran variedad, casi siempre apropiada á las diversas situaciones del drama.

Algunos pasages son realmente sobresalientes.

El quinteto del segundo acto, además de ser de difícil ejecución y haber sido bien cantado, merece especial mención por su efecto armónico.

El terceto del mismo acto, también es una excelente concepción musical, y es sobre todo eminentemente dramático.

El tercer acto principia por una caprichosa aria, siguiéndole un dueto centelleante de pasión.

La escena final está habilmente combinada.

Resumidamente, la ópera nos agradó mucho, y todos los concurrentes se mostraron satisfechos, cubriendo de aplausos á todos los cantantes.

La ejecución, difícil en muchas partes, fué buena en conjunto.

La compañía no luchaba con la desventaja de las comparaciones, estaba bien ensayada, esperábase menos de lo que fué en realidad, y he ahí de consiguiente explicado el por qué agradó tanto.

El Sr. Mazzi (*Conde Ricardo*) cantó con bastante fuego, fué muy feliz en muchas escenas, recojió una buena cosecha de palmas, y sobresalió en la aria del segundo acto: *Di tu se fedele*, y luego mas adelante:—*E scherzo ed è folia*.

La Señorita Altieri (*paje Oscar*) dió pruebas de bastante desenvoltura, y descolló en la graciosa balata del primer acto:—*Volta la terrea*, y en la linda cancion del último acto:—*Saper vorreste*.

¿Qué decir de la Señorita T. Parodi (*Amelia*)?

Un punto admirativo (!) explicará mejor nuestra opinion que una página de nuestra prosáica prosa.

¿Uno solo?

¿Somos económicos!

Serianos preciso poner tantos, cuantas notas salieron de su garganta, y esto incomodaría sobremanera al cajista.

La Señorita Giovanelli (*Ulrica*) fué bastante aplaudida.

El Sr. Walter (*Renato*) es el artista inteligente que conoce todos los *matices* de un rol, y se desempeñó con talento.

El Sr. Rossi (*Tom*), desde su primera aparicion en nuestro hermoso teatro Solis, ha sabido grangearse las simpatías del público filarmónico; ha sido bastante hábil en el papel que le tocó.

El Sr. Chiodini (*Silvano*) nos ha sorprendido, y por cierto que fueron bien merecidos los aplausos con que la concurrencia le manifestó su contento.

Enfin, el éxito no pudo ser mas digno del talento del compositor Verdi.

Omer.

Los Hijos de la Noche.

El duque de Scylla, señor napolitano, conspiraba contra los Españoles, y en momentos en que se disponia á dar la señal de guerra á muerte contra los extrangeros dominadores de su patria, es mandado asesinar por sus enemigos.

Cúmplese esta orden, pero ántes sus asesinos le roban á un hijo que tenia aun en la cuna.

La nodriza Ghebel sustituye su propio hijo en su lugar, cuando la viuda del mártir viene á reclamarle el depósito que se le habia confiado.

Pasan diez y nueve años, y vemos al verdadero heredero de los Scylla tornarse un valiente y atrevido aventurero, un terrible jefe de piratas, dando siempre pruebas marcadas de las virtudes que eran características á su noble raza.

Inter Ghebel habia seguido á su hijo en el palacio de la duquesa, y siempre habia ocultado la baja cuna de Donato, quien por esa sustitucion habia tomado el lugar y el puesto del verdadero Scylla, alcanzando vara ancha entre sus conciudadanos.

Sin embargo, quiere el acaso—por no decir la Providencia—que una insuperable antipatía aleje á la viuda del duque, de aquel que ella cree su hijo; y, á pesar de todos sus esfuerzos por vencer esa aversion, su corazón no puede sentir ningun amor para con Donato, que, fuera de esto, no tiene en el alma ni en la sangre el heroismo hereditario de su familia.

Olvidando la tradicion de su casa, va á someterse al rey de España y renegar públicamente la parte tomada por su padre en

la gloriosa rebelion de Nápoles por libertarse del yugo Español.

Y por casarse con la heredera de los Fieramonte, olvida hasta los deberes de su nombre.

La duquesa, mujer de corazon fiel y de alma romana, se indigna de tanta bajeza, le echa en cara que no tiene el valor de sus antepasados, y que ni por pienso se le haya ocurrido el vengar á su padre.

Mientras ella se lamenta dolorosamente de haber puesto al mundo un Seylla que abrigue tan inesplicable postracion, Myrrha Fieramonte, novia de Donato—pero que amaba al pirata Ben-Leyil [el niño robado], desde que le vió una vez por las calles de Nápoles,—viene á hablarle del pirata, hecho prisionero, y encerrado en los subterráneos calabozos del palacio, pues ella habia presentado que en sus venas debia de correr sangre azul.

Se lo participa á la duquesa, quien á las señas que le dá, supone que Ben-Leyil no puede ser otro que su hijo.

Quiere verlo, y en efecto la semejanza del pirata con el esposo que no ha cesado de llorar todos los días, es maravillosa.

Para mayor prueba y convencimiento, lleva en la frente una mecha de cabellos blancos, señal particular de los Seylla.

Es puesto en libertad por intervencion de la madre, y una vez quitada la máscara del impostor que habia usurpado su puesto, toma posesion de su legitimo nombre y se casa con Myrrha.

El hijo de Ghebel se envenena.

Esta obra es de un enmaderamiento de una extension tal que muchas de sus partes se dislocan y dan lugar á algunas inverosimilitudes.

Contiene también algunos episodios inútiles y que embarazan por decir así la marcha de la verdadera accion del drama, tales como la rivalidad amorosa del pirata y de Donato Ghebel,—el odio celoso de una princesa de Chipre, amante del aventurero, hácia Myrrha, la novia del falso Seylla.

Después del prólogo, el espectador necesita aun escuchar dos cuadros antes que concluya la exposicion; pero eso no quita que la pieza sea interesante.

Los artistas han hecho cuanto se podia esperar de ellos; no se debe pedir peras al olmo.

Tiempo hace que no veíamos á la Compañía Dramática española desplegar tanto lujo y tanta magnificencia para la puesta en escena de un drama.

El público aplaudió con entusiasmo la atrevida decoracion que representa el bajel, sobre todo en el quinto cuadro, cuando el abordage.

El Sr. Torres ha adornado esta produccion con un aparato escénico que mucho le honra, y de lo que le felicitamos.

Comprometido de antemano, no pudo ménos que darnos esas muestras de su habilidad y buen deseo.

Declaramos que grande ha sido su triunfo.

Hasta qué punto ha sabido conseguirlo, lo dicen las tres representaciones consecutivas y los justos elogios de los inteligentes.

Pero lo que particularmente ha cautivado la atencion de estos y la admiracion de todos los expectadores por su brillante efecto, son las escenas del bajel, de un realismo sorprendente, y que han sido mas que suficientes para llamar al público al teatro de Solis, donde por acaso funcionaba la Compañía española.

Después de tanto aplauso buscaremos una chicana al Sr. Torres.

Queremos embromarle.

¿Por qué pluralizar lo que en el original francés está en el singular?

¿Por qué *los Hijos de la Noche* y no *el Hijo de la Noche*?

No concluirémos sin dar un bravo á la Vigones de Fernandez, pues ha sobresalido en primera línea en la parte que le tocó desempeñar.

La hemos visto tan poseida de su papel de madre, que, en el último acto, cuando se abraza con su hijo, el verdadero Seylla, las lágrimas le saltaron de los ojos.

Créanos esta artista: el rol de la duquesa le hace mucho honor, y bien se lo han probado las repetidas ovaciones con que le correspondió el público.

Basta.

Demasiado nos hemos extendido.

Pachá.

Composiciones Epigramáticas.

SI UNO NACIERA CON BARBAS.

Si el hombre nacer pudiera
De treinta años... ¡Cuanto mundo!
(Predicaba Fray Facundo),
¡Cuanta esperiencia tuviera!
—¡Esperiencia...! esclama Blas;
¡Qué...! ¡en el vientre de la madre
Se aprende!—Y replica el padre:
Se supone... ¡Y donde mas?

RESPUESTA Á LAS INVECTIVAS DE UN TRAMPOSO.

En tono de cuchufleta
—¿Cómo andas [dijome un pillo]
Con camisa y calzoncillo
De lana?... ¡Pobre poeta!
—Ruda inectiva me zampas,
Respondile: mas, de cierto,
Mejor quiero andar cubierto
De franela que de trampas.

Á UN COPLERO PLAGIARIO.

¡Vaya, que es original
Al sol patrio tu cancion!
Dijome en tono bufón
Un plagiario mi rival.
—Mi inopia, y cuanto tú vales
Conozco, le respondi;
Mas tus versos, eso sí,
Son copias, no originales.

FRANCISCO A. DE FIGUEROA.

Libraconografía.

Leer todo lo que se ha escrito sobre el amor, las mujeres y el casamiento, esto es, compulsar las obras de quinientos y mas escritores diferentes—diferentes de opiniones, tiempo y país;—extraer de quinientos y mas in-folios, en cuartos, en octavos, en dozavos, en diez y seisavos, en diez y ochos, en treintaidosavos,

en treinta y seisavos, la esencia relativa á la materia, tal es la tarea á que se ha consagrado un literato francés, que ha publicado su obra bajo el título que encabeza estas líneas, tomando el seudónimo de Adolfo Ricard.

Así como las obras de Vauvenargues, de Labruyère, de Laroche Foucault, ese curioso trabajo—de laboriosidad y paciencia—procede con sentencias.

Cada pensamiento, ya sea de diez, cinco ó tres líneas solamente, lleva la firma de su autor, hombre ó mujer.

Y digámoslo desde ya, en esa arena de los amores humanos, la razón, el buen sentido, la delicadeza y la finura de las mujeres, equilibran constantemente, por apreciaciones llenas de encanto, el interés que producen en el espíritu del lector la mordacidad y la lógica severa de los hombres.

Esto expuesto, de esos dos mil articulillos, clasificados por orden alfabético de sentimientos, citáremos al azar uno que otro pensamiento.

Léanse los que van á continuación:

«Las mugeres han corrompido mas mugeres que cuantas los hombres han amado.»—(Balzac).

«Nada agrada al gran número de las mugeres como un hombre peligroso.

«Se parecen á esas mariposas nocturnas que giran, giran curiosamente en derredor de la llama, á riesgo de quemarse las alas.»—[L. Desnoyers].

«El joven marqués de P**, que no tiene sino trece años, vino á verme ayer de mañana; aunque yo estuviese aun en mi toilet, lo hice entrar.

«Empezamos con cháchara; pero presto, vieudo que me miraba con mucha atencion, le dije:

«—¿En qué piensa Vd., pues? ya no me dice nada.

«—Ez, Señora, me contestó, que estaba haciendo una observacion.

«—¿Y cual, caballero?

«—Eres, Señora, replicó con mucha seguridad, que si Vd. tuviese menos pecho, esa parte de su cuerpo seria admirable.

«—¿Ah! señor marqués, le dije sonriéndome de su ingenuidad, es que Vd. tiene las manos aun demasiado chicas y los ojos demasiado grandes.»—[Madama de Rieux].

«En el amor, una muger que ya no excita ninguna emocion, queda aun susceptible de experimentarla en grandes dosis.»—[Madama Rémusat].

Dado este extracto como especimen, nos detenemos, pues débese de comprender qué vasto campo tendríamos ante nos si quisiéramos escojer entre dos mil pensamientos, ya espigados de mas de quinientos volúmenes

Al Sr. D. Francisco Torres y á su digna Compañia Dramática.

Recibe, ó digno artista, esta corona,
Que la amistad al mérito dedica;
Hoy que el Pueblo Oriental te dignifica,
Y en su aplauso te ofrece otra mayor.

Mas gloriosos que el lauro de Helicon
Son los vivos de honor que un pueblo exhala:
Nada en el mundo excede... ni aun iguala
A este dulce placer, para un actor.

En el drama *Los Hijos de la Noche*,
De alto argumento, de prestigio tanto,
Tú eres, Torres, el alma del encanto,
Y el encanto del alma eres tambien

Todos te han secundado, sin reproche,
Resaltando con luz mas esquisita
Los destellos precoces de Purita,
Y el talento sublime de Belén.

De los palcos las Divas delicadas,
Los ángeles del alto paraíso,
Presintiendo el ingrato compromiso
De la ausencia, saludan á las dos:

Vosotras, tantas veces honoradas
Con sus flores, y aplausos en la escena,
Jurándoles recuerdos, y honda pena,
Decídes con el alma... ¡Adios! ¡adios!

Mas tú, al par de tus dignos compañeros,
Vas á dejar el pueblo que os aclama;
Recordad en la ausencia, que él os ama,
Y que en vosotros... ¡gratitud es ley!

El pueblo es sobecano, mas los fueros
Respeta, y se somete á vuestra ausencia:
Vosotros ofreced con reverencia
Un saludo, y un ¡Vive! al Pueblo Rey.

FRANCISCO A. DE FIGUEROA.

Excentricidades Alemanas.

La casualidad puso en nuestras manos un número de la *Gaceta de Colonia*.

La seccion de avisos de ese diario no pudo menos que atraer nuestra curiosidad, por lo original de sus chuscadas.

Textualmente hemos encargado á un amigo, que posee con perfeccion el alemán, de la traduccion de algunos de esos sueltos.

Si esa moda se introdujese en nuestra bendita tierra, ponemos nuestras columnas al servicio de esa clase de maniacos, desesos indudablemente de iniciar al público en sus mas íntimos secretos.

Basta de preambulos, y al grano:

Primera.

«A mi querida mantillita:

«Vuelve pronto; mi corazon se despedaza esperando tu vuelta.»

Segunda.

«A 894.—Ginebra.

«Recibe las salutations cordiales de tu fiel Fr....; muy feliz se considera desde que te ha vuelto á ver.

«Desde entonces todo marcha perfectamente bien.

«Espero tu contestacion con impaciencia.»

Tercera.

«A Elisa K.....n.

«¿Dónde estas?

«Enviame en el acto tu direccion por la gaceta.
«¡Tu Luis, muy conocido tuyo!»

Cuarta.

«30.—Mi muy querida,
«Por amor por tí, haré cuanto quieras.
«¡Salud y un beso!

«Tu CATORCENO [!]»
Quinta.

«A N* N* H*.
«Recibe mis felicitaciones mas íntimas, mas cordiales, mas
eraras.

«Acuérdate del 1.º de Diciembre de 18..
«Mil agradecimientos.
«5 de Octubre de 18..—13 de Abril de 18..»

Sesta.

«A Degreet, en otros tiempos notario,—ahora agente en
eva-York:

«Promisis non impletis [sic]
«¡Devuélveme mi dinero!....
«Augustus contra Varum.

«J. W ODENDAHL.»

La América en peligro

POR FRANCISCO BILBAO.

¿Y por qué no decirlo al instante?
Si, este libro nos ha gustado sobre-manera, nos ha seducido
desde las primeras páginas, desde las primeras líneas.

Sucede con los libros lo que con los hombres.
Hay seres talmente bien dotados en sus cualidades físicas ó
morales, que es casi imposible que no nos atraiga desde el pri-
mer momento,—que no nos acerquemos á ese hombre,—que
recuremos su relacion, cuando no su amistad.

Ese language colorido,—esa frase siempre corta, concisa y
ara,—e-e juicio siempre á la altura de las ideas del siglo,—ese
brazon que anda siempre con la erudicion,—forman el atractivo
del libro que nos ha regalado el Sr. Bilbao desde la vecina orilla.

Aunque no estemos en un todo conformes con las ideas que
omite, no por eso podemos dejar de aceptar muchos de sus prin-
cipales capitulos, y de recomendar su lectura.

No nos sorprende, pues, por lo avanzado de los principios
que asienta, que la aparicion de ese folleto haya despertado en
Buenos Aires una gran polémica contra su autor.

Eso no quita su mérito.

La moribunda.

Este es el titulo de una preciosa composicion que recomen-
damos á nuestros lectores:

MADRE. Ve á asomarte á la ventana,
Hija mia... ¿quién golpea?
HIJA. Madre... es el aura liviana
Que en la noche se recrea.

MADRE. No... escuchad... ese otro ruido
Que en mis cortinas azota....
Por esa vidriera rota
Se ha deslizado un jemido.

HIJA. Es un sueño, madre mia;
Una vijilia de duelo;
Es solo la fantasía....
Madre, dormid que yo velo....

MADRE. ¿Ois ese acento vano?...
Es un murmullo suave....

HIJA. Es el ruido de alguna ave
Que cruza el aire liviano....

MADRE. Es muy dulce.

HIJA. Pudo ser
Alguna aura pasajera
Que me avisó á la vidriera
Que el alba va á parecer.

MADRE. Un beso dadme, hija mia....
¿Ois pronunciar mi nombre?

HIJA. No, madre.

MADRE. No es voz de un hombre
Es otra dulce armonía....
¡Oh! ¿me llaman! hija.... adios....
Quitadme este negro velo
Que me cubre.... para vos....
Mi bendicion en el suelo.

HIJA. Dejad esa fantasía,
Dormid mientras velo yo....
¿No respondeis?... se durmió....
¡Dormid en paz, madre mia!
E. LILLO.

Improvisacion.

Un amigo nos envia, para que les demos cabida en nuestro
Laberinto, los siguientes preciosos versos del Redactor en jefe
de la «República», improvisados en un banquete masónico.

Son aun inéditos.
Merecen realmente ver la luz pública.

Quizás su autor los haya ya olvidado, pero nosotros quere-
mos conservar esa composicion en las columnas de la «Aurora»
Héla aquí:

A.: L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:

SALUD Á LA MASONERIA.

Virtud, amor, beneficencia pia
Son atributos del fiel mason,
Si á ellos se une sabiduria,
Nuestra ley santa, ley es de Dios.

En santos lazos, indestructibles
Esa ley liga á la Humanidad
Con las dulzuras indefinibles
De bendecida FRA TERNIDAD.

Decir entonces *Masonería*,
 Es decir algo que arriba está
 De lo que el mundo comprendería
 Si à su grandeza límites dá

De Dios emana su esencia pura
 Y à Dios sus obras ofertas van,
 Él las inspira con su ternura,
 Y ellas al mundo consuelo dan.

Grande es la obra, ¡oh mis hermanos!
 Y ha de ser grande la abnegación
 Si es que queremos con nuestras manos
 Alzar el templo de Redención.

A él cada uno lleve su piedra
 Con fé en el alma, sin desmayar,
 Que al que bien hace nada le arredra,
 Y, es mas honrarse, mas trabajar.

Al Gran Arquitecto del Universo
 Honremos todos en la Virtud
 Y en union santa y amor perfecto
 ¡Salud! digamos, ¡Salud! ¡Salud!

FRANCISCO XAVIER DE ACHA.

Notoriedades contemporáneas.

Bajo este rubro, la *Aurora* publicará, desde el próximo número, una série de biografías de nuestros prohombres, literatos, artistas, y de todo aquel que se haga acreedor á esa distincion, sea cual fuera su nacionalidad.

Ya tenemos varios trabajos biográficos en nuestro poder.

Empezarémos por hacer conocer la vida del General Laguna debida á la pluma de nuestro amigo el Redactor en Jefe de la *Prensa Oriental*, D. Isidoro de Maria.

Bajo los Tilos.

Consecuentes con nuestro programa, hemos encargado á un inteligente amigo de la traduccion de esta preciosa novela del famoso literato francés Alfonso Karr, novela que nosotros consideramos como una de las mejores de las que tanto realce han dado á la literatura francesa.

Aunque creemos excusado recomendar su lectura á los amantes de lo bello, no queremos dejar de declarar que esta produccion es del mayor interés, de una verdad palpante y de detalles conmovedores al mismo tiempo que dramáticos.

La sensibilidad forma parte esencial del talento reconocido del autor.

Ademas, nos hemos determinado á regalar á nuestros favorecedores con esta obra-gefe, porque no nos consta que haya sido jamas vertida en nuestro idioma.

Por lo tanto, es como si fuera una novedad literaria, aunque ya pase de cinco lustros su aparicion.

Arenas del Uruguay

POR HERACLIO C. FAJARDO.

Hemos llegado á un punto tal de *civilizacion*, que todo aquel que hable bien de otro, ó que apruebe una empresa cual-

quiera, pasa necesariamente por un fabricante de *réclames*, mediante un estipendio convenido.

Todo elogio se considera pago,

Ya no se cree en la franca y leal imparcialidad del escritor.

No importa, nosotros no harémos caso á esas calumniosas suposiciones, y en nuestras apreciaciones relativamente, á las obras de nuestros cofrades, serémos siempre independientes.

No nos cegará la amistad ni el sentimiento contrario.

Vivir para ver.

Dicho esto, pasemos al libro de poesías que nuestro amigo Heraclio C. Fajardo acaba de publicar en Buenos Aires.

No pretendemos declarar que el Sr. Fajardo sea un poeta en toda la extension de la palabra, pues le falta ese soplo pindárico que abra de par en par las puertas de la celebridad, pero reúne ciertamente muchas cualidades suficientes para conciliar honrosas simpatías: *hoc erat in votis*.

Estas poesías ponen de manifiesto la hábil versificacion de su autor, y si fueran menos *trabajadas*, nos agradarian mucho mas.

Hemos de volver.

En favor de los pobres.

[DE VICTOR HUGO.]

De quien dá al pobre el Señor
 Se constituye deudor.

V. H.

En vuestras fiestas del helado invierno,
 Ricos, que el mundo venturosos llama,
 Cuando la danza aérea se derrama
 Jirando en el magnífico salón;
 Los inundan los vivos resplandores
 De arañas, candelabros y de espejos;
 Y en vuestras frentes brillan los reflejos
 Del placer que os embriaga el corazón;

Mientras muda la orquesta, en lido canto,
 La voz grave y solenne de las horas,
 ¿Pensais tal vez que, en ansias roedoras,
 Acosado del hambre y del pesar,
 A vuestra puerta se detiene un pobre,
 Y mirando en las diáfanas vidrieras,
 Las sombras luminosas y lijeras
 De danzantes alegres vé cruzar?

¿Meditais que á la nieve espuesto yace;
 Que trabajar no puede de achacoso;
 Que triste esclama: «¡Rico venturoso!
 ¿Qué de tesoros á su mano ván!
 ¿Cuántos huelgan ahora en su sarao!
 ¿Sus hijos le sonrien y le adoran!
 Para los míos cuando de hambre lloran,
 ¿Con sus juguetes compraría pan!»

Y el dorado salón, allá en su mente,
 Compara luego con su hogar desierto,
 Do no arde llama que á su cuerpo yerto
 Calor infunda y paz al corazón.
 ¿Y cubierta de harapos á su esposa
 Recuerda y á sus hijos que ya hambread,
 Y cuyos miembros rijidos humean,
 Desnudos al rigor de la estacion!

Suertes diversas el Señor reparte.
Los unos van de penas agoviados;
Otros hay al banquete convidados
De la ventura: ¡á pocos tal favor!
Ley que injusta parece aquí en el mundo,
Y que un misterio impenetrable vela,
Dice al uno: «¡De gozo en gozo vuela!»
Dice al otro: «¡Envejece en el dolor!»

Pensamiento sombrío, que del pobre
En el alma fermenta silencioso.
¡Y vosotros que en lecho voluptuoso
Dormís, ó ricos, vuestro bien catad!
¡No sea este terrible pensamiento,
El que os arranque, con favor insano,
Tanto inútil tesoro y lujo vano!
¡Antes sea mas bien la caridad!

¡La caridad que el pobre ama y bendice!
Madre de aquellos para quien fortuna
Es madrastra cruel, desde la cuna;
¡Y que levanta al que humillado está!
Semejante al Dios-Martir, de quien sigue,
Sin vana pompa, la sublime huella,
Comed, *esta es mi carne*, dándose ella,
Si mas no puede, al misero dirá.

¡Sea la ardiente caridad tan solo,
La que anillos, diamantes y collares,
Trajes bordados, perlas á millares,
Tules, y encajes, y ópalo y zafir;
Ella sea quien logre tanto fausto
A vuestras hijas arrancar y esposa,
Para aliviar, con manos generosas,
Al indigente el hambre y el sufrir!
¡Oh ricos, dad! de la oracion, hermana,
Es la limosna. Cuando un pobre anciano
Tiembla de frio á vuestra puerta en vano,
Y no teneis del huérfano piedad,
Y os parece ya mucho permitirle
Que recoja las migas de la orja,
De vosotros entonces se desvía,
Con justa ira, del Señor la faz.

¡Dad, y el Señor, que á las familias dota,
A vuestros hijos noble fortaleza,
A vuestras hijas púdica belleza,
Y dulces frutos á la vid dará!
¡Haced limosna porque Dios bendiga,
Con ricas mieses, la heredad paterna;
Por ser mas dignos de la patria eterna;
Por ver en sueño un ángel revolar!

Un día, ¡ay poco tarda! con la vida
Dejar es fuerza cuanto mas nos place;
La limosna un tesoro hallar nos hace
En el mundo inmortal do el alma vá.
¡Oh ricos, dad para que al veros digan:
«Ved pasar de los pobres un amigo!»
Y envidiosas miradas el mendigo
A los palacios no dirija yá!

¡Dad, y el malvado mismo vuestro nombre
Dirá bajando la siniestra frente!
¡Dad, y veréis fraterna y permanente
La paz de vuestro hogar en derredor!
¡Dad para ser amados del Dios-Hombre;
Para tener, en el supremo instante,
La plegaria de un pobre mendigante,
Poderoso valido del Señor!

P. VARAS.

Colina, Mayo de 1862.

La Moda.

Un buen *puff* para el periódico de Vd., mi querido Director:
«La *Aurora* hace un regalo á quien precise, en un artículo,
los trajes que están de moda en Montevideo, hoy, día de la fecha,
1^o de Octubre de 1862.»

Deje Vd. correr el anuncio, y llene con él la última plana del número.

Los *golpes de bombo* han estado siempre de la moda; y al fin y al cabo, demasiado sabe Vd. que esto no le ha de costar un maravedí.

Ahora bien; si no es posible determinar con precision la manera de vestirse á la moda, ¿de qué voy á escribir, pobre de mí, yo, que apenas sirvo para dar un consejo sobre cosas de tocado?

El tocado de las damas ha llegado á su apojeó, y ha tomado todo el carácter de un asunto sério y de porvenir para el reposo de las familias.

Antes, las mugeres nos contentábamos con ser amadas; hoy queremos ante todo ser admiradas.....

La variacion, el capricho, la *fantaisie*, acosan á las pobres mugeres de esta generacion.

Ya no hay moda que dure quince días; una semana es mucho; y amigas tengo yo á quienes he visto afligirse amargamente porque han tenido que ponerse dos veces un mismo traje de baile.

¡No es todo haber perdido el juicio?

Preciso es confesarlo, la *Moda* es el *Lujo*, porque lujo y despilfarro es lo que hoy vemos en los trajes y prendidos,—no ya solo de las damas, sino de las mugeres en general, cada cual re lativamente á su posicion y á sus medios de fortuna.

¡Triste confesion, hecha por boca de una muger!

¡Y si el lujo y el despilfarro no tuvieran otras consecuencias mas funestas! ...

Yo no defenderé nunca (Dios me guarde de hacerlo) el adulterio de la pasion; pero si condenaré con toda mi fuerza el ignoble adulterio de la especulacion.

Finjir amor y constancia en cambio de perlas y de encajes, es la mas odiosa de las villanías.

Nada mas natural que el gusto instintivo de la muger de adornarse, de parecer bella, de aumentar con el tocado sus atractivos; pero esto tiene un limite, natural tambien, y que la propia razon y la conveniencia señalan; diré mas, «que el egoismo aconseja.»

El hombre de juicio y experimentado huye de la muger en quien descubre tendencias manifiestas de despilfarro, y adora á la elegante, pero sencilla joven, que solo pide amor en cambio de amor, un suspiro en cambio de otro suspiro!

.....

¡Pero donde me he metido, ¡Dios mío! y donde voy á parar con estos sermones de cuaresma!

Y no hay remedio; no puedo volverme atrás de lo dicho.

Tengo en la antesala un *enviado extraordinario* de la imprenta que espera mis cuartillas, con orden de no moverse de mi casa hasta recogerlas.

¡Estas exigencias de los directores son las que nunca pasarán de moda!

Afortunadamente sé que escribo para cierta clase de lectoras, á quienes estoy segura que no alcanzan mis anatemas y que muchas aplaudirán el que las haya lanzado; por lo tanto, escuso leer lo que llevo escrito, y allá vá tal como lo he sentido.

Y como ello es preciso que diga algo de vestidos, de adornos, de modas, en fin, describiré ligeramente algunos de los trajes que me parecen de mejor gusto, entre los muchos estravagantes que se usarán.

Los cuerpos continuarán haciéndose ya de talle redondo, ya con un pequeño peto.

—La mayor parte de las mangas se harán semianchas, un poco cortas, y ligeramente abiertas por su parte inferior.

—Es muy lindo un vestido de tafetan verde mirto y verde esmeralda.

La parte superior del primero de estos colores, y una tercia de la parte inferior, verde esmeralda; la parte de falda mas oscura irá recortada, formando cinco ondas, de manera que imita á un vestido recogido á la Pompadour.

Cada una de estas ondas llevará al rededor un rizado de ambos colores y un lazo de cinta en la union de unas ondas con otras.

Cuerpo abierto por delante, con pechera color verde esmeralda; adornado con un plegado de cinta.

Fichú chal de puntas redondeadas, cuyos delanteros disminuirán de anchura en la parte inferior, adornado todo alrededor con un rizado de cinta verde esmeralda.

Mangas casi rectas con vueltas puntiagudas, un poco abiertas y adornadas con rizados semejantes á los de la falda.

—Los chales de granadina con volantes de encaje, y las manteletas de encaje, serán los abrigos mas adoptados para vestir con esmero.

—Los sombreros capotas se hacen en general ó de paja ó de crespon: los primeros están aceptados para trages de *négligé*, los segundos para trages esmerados.

Adornándose los primeros con flores, con espigas y con frutas; los segundos llevan generalmente plumas y rizados, ó burllonados de encaje ó de tul.

La forma de esta clase de sombreros sufrirá una pequeña modificación; las alas, que tan altas se han llevado hasta ahora, se harán mucho mas bajas.

Y para no cansar mas la atención de mis lectoras, y para verme libre del emisario que me espera, doy fin á estos desaliñados renglones.

S* T*

A Méjico

EN SU PRIMER VICTORIA.

Méjico, lucha! El águila altanera
Que del derecho traspasó la valla,
Ya doblegó su frente á tu metralla
Y ecgó al esplendor de tu bandera.

En vano quiere su vergüenza fiera
Vengar airada con atroz batalla,
Sobre su cielo la tormenta estalla
Y eclipsará tu gloria á esa lumbrera.

¡Caigan vencidos la traicion y el fraude!
Méjico, lucha! Humilla á tus tiranos!
Tus victorias América ya aplaude.

Y lanzarán los pueblos tus hermanos,
Junto con un aplauso; á tu constancia,
Su maldicion al déspota de Francia.

Julio de 1862.

LUIS RODRIGUEZ VELAZCO.

Vida de un Periodista en California.

Se levanta á las diez, se viste, toma el sombrero y se vá á almorzar al primer hotel que encuentra.

Concluido el almuerzo, entra en la oficina del diario y recorre los folletines del día; en uno lo tratan de miserable, en otro de embustero, y en otro de tramposo.

Se sonrie á la placentera idea de tener que ocuparse en algo, y escribe varios carteles de desafío.

En seguida redacta un artículo de fondo, hasta que un esbrión entra á importunarle, y se vé obligado á echarlo por una ventana.

A medio día, tiene noticias de que han aceptado uno de sus desafíos, y vá á orillas del mar, donde le esperan.

Hiere á su rival, y se vá otra vez al hotel á comer.

Vuelve á la oficina y encuentra una máquina infernal sobre la mesa; sin admirarse en lo mas mínimo, la arroja á la calle.

Escribe algo de nuevo, y se marcha al teatro.

En el camino, lo atacan tres hombres; hiere á dos, y conduce al tercero á un cuerpo de guardia.

Volviendo á las 11 á su casa, sorprende á un hombre que ensayaba el robarle; mata á un perro de una estocada: se escapa de ser aplastado por un coche; pero despues en la solapa de la levita y á la misma puerta de su casa recibe dos balazos.

Se felicita de semejante caricia, pues que no salió herido, y se acuesta á dormir como un lirou.

La fácil dificultad.

Si es fácil una hermosura,
voy y la dejo;
si es difícil la cosa
tambien me alejo.

Niñas, cuidad
de amar siempre con fácil
dificultad.

CAMPOAMOR.

Somos ratineros.

La *Aurora* saluda cordialmente á toda la prensa periódica del Rio de la Plata, sin distincion de bandera ni de partido.

